



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico.. 14 ptas. al año.
En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero.. 20 id. id.
Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten esuscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.
No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.
Los números sueltos se venden á 75 centimos.
Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—Muerte del P. Rertholet.—Persecución contra los cristianos en el Kouan-Si.
Hofu: Quema de una casa-iglesia-convento.—Movimiento favorable hacia el Catolicismo.—Visita al ilustrísimo señor Obispo.—Orfanotrofio en Latchou.
Mesopotamia: La *Athalie* de Racine en Bagdad.
LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (*continuación*).
RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—Introducción.—I. Primeros años de la evangelización.—Los PP. Baldinotti, de Rhodes y Marquis, de la Compañía de Jesús.
EN SYDNEY.—V, Otras causas de los progresos del Catolicismo en Australia.
EN LOS RÍOS DE MONDA.—Breves preliminares.—I, En piragua.
PRIMERA COMUNIÓN EN EL MAR.
MISIONEROS Y MISIONEROS.
CRÓNICA.—Francia.—Londres.—Montevideo.—Colombo.—Siria.—India inglesa.—Japón.—Pondichery.—Noticias varias.

VARIEDADES.—La matanza de los frailes.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

GABÓN.—El *San Juan Bautista* y sus tripulantes en el Monda.

ANTIGUO MONUMENTO CERCA DE BENARES, EN EL INDOSTÁN INGLÉS.

AUSTRALIA.—Bahía-Cooge.—Vista de la feligresía de Rendwick.

— Colegio de San José, á cargo de los Hermanitos de María.

— Casa consistorial de Sydney.

— Universidad católica de San Juan en Sydney.

ENTRADA DEL PUERTO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO.

VIDA DE LOS INDIOS TAGALOS EN LOS ALREDEDORES DE MANILA.

UN MONUMENTO DE LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO.

LEA

Ó LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación).

Su abuelo entró cuando aún estaba embebida en sus pensamientos. Al verle se levantó, y le saludó con respeto; y él la miró con ojo complaciente. Lea le echó los brazos al cuello, y le besó su blanca barba, diciendo:

—Padre mío, vuestra ausencia me tenía inquieta: ¡cuánto habéis tardado! ¿Os ha entretenido la palestra?

—No, hija mía; la palestra no es para mi edad. He ido al baño, y he dado un largo paseo con algunos viejos amigos bajo la galería de Faustino... Pero, todavía es temprano, y podríamos leer un poco los autores griegos. ¿Has probado de traducir las églogas de Teócrito?

—No, padre mío, contestó sonrojada; confieso que no me gustan estos versos consagrados al amor: prefiero los pastores del Lacio á los zagales de la Sicilia.

—¿Habrás leído á Orestes?

—Todavía no; leía á Esquilo, y la figura de Prometeo me tenía absorta. ¿Cómo es que nuestros dioses, en cuya bondad creemos, como en su poder, fueron tan crueles con un semidiós, favorable á los mortales? No sé explicarme tales rigores. Y Prometeo ¿no anuncia á lo la caída de Júpiter? Ved, padre mío; Esquilo lo dice, y la Grecia reunida le oía: «¡Verá hundirse su trono y desvanecerse el poder! Que venga entonces á hacer retumbar el trueno y á blandir con sus manos saetas inflamadas, nada le librará de una caída ignominiosa.» Padre mío, explicadme este misterio: ¿por qué á Júpiter le dominan pasiones tan crueles, semejantes á las de los tiranos? ¿por qué, si es inmortal, le amenaza Prometeo con su caída?

—Ficciones de poeta, hija mía.

—Pero la Grecia, tan respetuosa con los dioses, las ha aplaudido.

—¡Son tan vanos y ligeros esos griegos!

—No obstante, ¿quién más religioso que Píndaro y Eurípides?

—Repito que son ficciones de poeta, así los himnos de Píndaro como las maldiciones del

hijo de Japet. No nos ocupemos de los griegos sino para admirar esos dones maravillosos que las Musas les han prestado, y sirvamos, al modo de nuestros abuelos, á los dioses que les fueron tan propicios. Veneremos con los antiguos sagrados ritos á esas deidades que nos dieron el imperio y que pueden dar todavía á los hijos de la Loba el poder suficiente para recobrar el cetro del mundo. Los anales de Roma son el más cumplido elogio de sus dioses, y no sin justicia los triunfadores suben al templo de Júpiter Capitolino y cuelgan de su altar los trofeos conquistados á las demás naciones!

Lea no estaba convencida, y continuó:

—Pero este libertador, que Prometeo espera, ¿en dónde está? ¿acaso vendrá?

—Este libertador es Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. El rompió las ataduras que tenían sujeto á Prometeo allá en el Cáucaso.

—¡Cómo! repuso Lea; á Hércules, quemado por la túnica de Nessus; á Hércules, que hilaba á los pies de una mujer, ¿á este Hércules adjudicó Prometeo tan magníficos elogios? ¡Oh padre mío! me parece que el que luchó contra los dioses, el que libertó al hijo de Japet, debía ser más noble que Hércules.

—Estos pensamientos no son para tu edad, dijo el abuelo mirándola con cierta inquietud; deja de leer esas oscuras tradiciones de la Grecia, nutridas con las fábulas del Egipto y de la India, y volvamos á la historia: ahí tienes á Jenofonte; á ver cómo me traduces la muerte de Ciro.

—Vuestro gusto es el mío, dijo Lea; nada más hermoso ni más dulce que Jenofonte; lo prefiero á nuestro Tácito.

—¡Afeminado gusto! repuso el anciano. ¿Que hay más terrible para los tiranos que un Tácito?

III

VERDAD

El anciano, saliendo de la biblioteca, bajó á un hermoso jardín que rodeaba la casa: allí los altos pinos, los laureles grandes como árboles,

CORRESPONDENCIA

MUERTE DEL P. BERTHOLET

Persecución contra los cristianos en Kouang-Si

El ilustrísimo señor Obispo que con tanto celo desempeña el cargo de prefecto apostólico de Kouang-Si, escribe á los Directores del Seminario de Misiones Extranjeras de París, la conmovedora carta que publicamos á continuación. Relata el asesinato del P. Bertholet y la situación crítica en extremo de las Misiones situadas en la frontera del Tonkin, añadiendo detalles que confirman y agravan más aún los relatos que hasta la fecha y por autorizados conductos se han recibido.

La situación es más grave de lo que generalmente se cree, y la muerte del misionero y las de sus neófitos no es un suceso aislado, antes al contrario, indica la situación de ánimo de estos pueblos, que por igual reparten su odio contra Francia y contra el Catolicismo. Confiamos que los cónsules franceses, de los cuales el ilustrísimo Chouzy hace cumplido elogio, secundados y enérgicamente sostenidos por el Poder central lograrán dominar esta agitación, llena de terribles temores para el porvenir.

HACÍA algunos meses que en Kouang-Si la situación había variado sensiblemente.

A fines del año 1897, si bien de tiempo en tiempo tenía noticia de robos aislados, como éstos son

frecuentes en esta provincia, nadie hacía caso de ello, y disfrutábamos todos de paz, debida á las abundantes cosechas de los últimos años: privada del poderoso concurso de la miseria, la voz de los organizadores de asonadas encontraba eco mucho menor. Por lo que á la Misión se refiere, el nuevo Reglamento sobre las antiguas transacciones mercantiles que estaban aún por resolver, tuvo la más favorable acogida; al mismo tiempo los pretores mostrábanse más corteses, y de distintos lugares recibíamos testimonios de simpatía. Venía á ser como el principio de una nueva era.

Pasaron cuatro ó cinco meses, y luego ha sobrevenido el cambio más profundo.

Al resonar entre nosotros los ecos de las operaciones que los alemanes realizaban en Chan-tong, y junto con esto el conocerse los proyectos de otras potencias occidentales, las conspiraciones antidinásticas tramadas á la sombra y que vino á desbaratar la paz firmada felizmente con el Japón al empezar el 1895, han vuelto á

Año VI.—Número 134

renacer con nueva fuerza. A pocas leguas de distancia del lugar en que escribo verificóse el próximo pasado Marzo una reunión misteriosa, en la cual todos los asistentes juraron odio igual á mandarines y extranjeros. Esta vez, igual que todas, la Autoridad llegó tarde, y no fué habido uno solo de los concurrentes.

Sábase solamente, que los conjurados tienen perfecta organización, plan preconcebido, ramificaciones casi por todas partes y lenguaje convencional. Varios robos á mano armada y una reciente tentativa dirigida contra una importante venta, la cual fracasó por completo y se obligó á los complicados en ella á pagar fuerte indemnización, vienen á ser como ensayos con los cuales mantienen la agitación y preparan el incendio. Añadid á todo lo dicho la deplorable debilidad y ninguna represión por parte del Gobierno, y la carencia ó bien la insuficiencia de medidas preventivas y de fuerzas capaces

de resistir. Obcecación tan grande tiene muchos puntos de contacto con la complicidad, y alienta las perversas pasiones de las turbas: á lo dicho debo añadir como nuevo ejemplo el envío en estas comarcas del siniestro jefe de los *Pabellones negros*, con el encargo de alistar voluntarios.

Los causantes de este malestar propagan rumores los más alarmantes. Aun cuando carezcan por completo de fundamento, y

aun cuando sean inverosímiles, no importa; lo principal es que con ellos alcanzan el fin que se proponen. Explotando la credulidad supersticiosa de la población, dicen: «El Emperador tuvo un sueño en el que se le anuncian turbulencias y ruinas; los bambús han florecido, pronóstico infalible de revolución, de cambio de dinastía.»

Para colmo de desdichas una persistente sequía imposibilita la siembra de sus campos, y hace aparecer en lontananza el espectro aterrador del hambre. Los alimentos de primera necesidad alcanzan precios elevadísimos.

Nos encontramos encima de un volcán.

Para empezar su erupción aguarda tan sólo que se presente ocasión oportuna. La mejor, la que todos desean, por creerla más favorable que cualquier otra, es la guerra con el extranjero, porque ocupado en ella el Gobierno, y despreciándole después de vencido, prestaría á los revolucionarias la máscara del patriotismo.

45 de Julio de 1898



GABÓN (Africa Occidental).—MONDA.—En marcha: el San Juan Bautista y sus tripulantes. (Pág. 327)

Para los más impacientes difiere excesivamente el rompimiento de las hostilidades. Muchas de las corrientes antieuropeas formadas al impulso de las noticias que se reciben de las costas, han sido dirigidas contra misioneros y cristianos á los cuales distinguen con odio igual, y á los que creen poder en lo sucesivo atacar y robar impunemente. Es posible que esta invención propague el movimiento y consiga turbar la pública tranquilidad.

El día 22 de Marzo, dos grupos formados por gente cuyas subversivas ideas nos eran conocidas, diciendo que estaban autorizados por el mandarín, presentáronse en pleno día, y con armas frente nuestra iglesia y pensionado de Pin-náu-hièn, asaltáronla, y después de haberla desmantelado por completo, robaron á las nueve familias cristianas que vivían en la vecindad. El misionero, P. Heraud, habíase ausentado: advertidos con la debida anticipación estudiantes y cristianos, tuvieron tiempo de huir. Seis semanas llevamos transcurridas sin que hasta el presente los mandarines locales, prefectos y subprefectos, hayan contestado á las reclamaciones de nuestro excelente cónsul y á las nuestras, más que con el platónico envío de un humilde funcionario encargado de informarse de los hechos, y que ha emprendido el regreso sin conseguir otra cosa que excitar mucho más los ánimos de los ladrones.

Encontrándose sin abrigo, sin poder labrar sus tierras y distribuidos por las casas de sus parientes, los neófitos se han visto obligados, para salvar su vida, á refugiarse en una prefectura vecina, en la casa de uno de nuestros hermanos, á cuyo cargo correrán hasta que empiece el proceso. Ello reporta crecido aumento de gastos á su presupuesto, y á duras penas podrá sostenerlo si no vienen á su auxilio los católicos europeos. Debe mantener más de sesenta personas, Dios sabe por cuánto tiempo.

La suma lentitud con que marcha todo lo referente á la represión de los culpables viene á ser para ellos prueba de impunidad y préstales nuevos alientos. Poco tiempo había transcurrido desde los relatados sucesos, cuando el P. Heraud vió atacada su residencia de Ousinen-hien. El Padre se encontraba en este lugar para asistir al retiro anual.

Con el pretexto de que dicho Padre había huido al ver desencadenarse la tempestad, una cuadrilla de malhechores, capitaneados por dos ó tres bachilleres militares, presentóse también en pleno día, y empuñando lanzas, destruyó el 14 de Abril una calzada perteneciente á la Misión, y el 16 robaron los doce búfalos pertenecientes al cortijo de la misma, y amenazaron con hacer otro día lo propio con todas las mujeres y niños, después de robar todo cuanto tuviésemos. Para nada ocultaban sus propósitos, pues estaban plenamente convencidos de que nada tenían que temer. Felizmente la intervención del subprefecto impidióles ejecutar sus últimas amenazas, é hizoles devolver once de los animales robados y pagar una pequeña indemnización por los daños que causaron; pero al ver que no han sido castigados sus graves delitos, con tanta audacia come-

tidos, es muy de temer que vuelvan á cometerlos á la primera ocasión.

Sea de ello lo que fuere, las violencias, hasta aquí descritas, eran juego de niños comparadas con la escena de salvajismo que voy á narrar. Esta ya no es escena de robo, de pillaje; es escena de sangre.

Era el día 25 de Marzo: el P. Bertholet había marchado de la estación de Lion-Sen-Hien para ir á visitar las nuevas cristiandades de los subprefectos de Ly-Pou-Hien y de Yun-Ngan-Tcheou (ó Juong-An).

Como entraba en tierras completamente nuevas tuvo la precaución de advertir á los subprefectos y de pedirles una pequeña escolta. El viaje verificóse sin incidentes. El mandarín de Yun-Ngan invitóle á entrar, le dispensó favorable acogida, y destinó dos soldados que vigilaran por su seguridad personal durante los días que permaneciera en aquella pequeña cristiandad: diéronse órdenes á los jefes del país, y fueron arrancados pasquines anónimos.

Viendo que se le dispensaba tan respetuosa acogida, el Padre creyó un deber prolongar su permanencia hasta pasadas las fiestas de Pascua, y admitió al bautismo á todos los catecúmenos, en número de trece.

El 21 de Abril despidióse de esta cristiandad dando gracias á Dios. A su paso por el pueblo de Yün-Ngân, el mandarín quiso también recibirle. Después de una visita que duró cerca media hora, el Padre prosiguió su camino acompañado de seis cristianos ó catecúmenos y seis pretorianos: viajaba en palanquín.

Serían las dos de la tarde: la pequeña caravana, que se hallaba á dos leguas de la ciudad, acababa de pasar un gran puente, cuando una quincena de hombres de mal aspecto intentaron cerrarles el paso, obedeciendo á las órdenes, según decían, de un gobernadorcillo llamado Hoángtchen-Kioû, y vociferaban: *El que adelanta un paso es muerto.*

Al mismo tiempo en todos los pueblos del valle empezaron á tocar con gran estrépito platillos y conchas marinas: pronto salieron llevando desplegada la bandera de la guardia nacional algunos centenares de furiosos, armados de fusiles, lanzas, picas y puñales.

El Padre echó pie á tierra: intenta refugiarse en un pueblo, pero á su paso ciérranse las puertas todas. Retrocedió perseguido por la multitud en dirección á la ciudad. Cerca media hora prolongóse la persecución, durante la cual tiraban contra él sin lograr herirle, hasta que por último, rodeado por todas partes, acribillado á lanzadas, desmayóse y espiró.

Tang-Ky-Yü, catecúmeno, y un cristiano bautizado, Pé-a-Tchang, sufrieron igual suerte á pocos pasos de distancia. Dos catecúmenos fueron hechos prisioneros, y ha sido preciso rescatarlos pagando á razón de doce piastras por cabeza. Recibieron heridas tres pretorianos: se apoderaron del altar del Padre y de importantes papeles, cuya pérdida es irreparable.

Dos personas de su séquito, una de las cuales era su propio criado, consiguieron llegar á la ciudad y dar al subprefecto la lúgubre noticia. Sin pérdida de momento este funcionario se dirigió al teatro del crimen acompañado de todas las fuerzas de que podía disponer, las cuales sumaban unos cuarenta hombres.

Reconoció los heridos, y á los muertos hízolos lavar por sus guardas y depositar, envueltos en blancos lienzos, en ataúdes que envió á buscar á la ciudad. En fin, se les sepultó sumariamente en los alrededores, poniendo para reconocerles una plancha, que llevaba escritos los nombres respectivos, colocada al lado de cada cadáver. Algunos soldados recibieron orden de guardarlos; pero cuando los centinelas se habrán retirado ¿no procurarán hacer desaparecer los restos de las víctimas?...

Celebróse juicio, y á media noche el mandarín llama al autor del inaudito crimen que acababa de ser cometido. Fué preciso requerirle dos veces para que obedeciera. El momento es solemne. El subprefecto está sentado dentro de una miserable casucha del pueblo; rodeándole todos sus soldados, armados y prontos á hacer fuego á la primera señal: desafiando la persistente lluvia la cuadrilla de asesinos aguarda fuera, con las banderas al aire, á la distancia de un tiro de fusil, resuelta á defender á su jefe.

A los cargos que contra él se hacen opone siempre la negación, como si no fuera público que en la comarca nada se hace sin su consentimiento. A pesar de todo, el representante de la Autoridad déjole regresar á su domicilio, por no sentirse con fuerza suficiente para condenarle. Al amanecer del siguiente día entraba de nuevo á la ciudad.

Pocos días después fueron robadas las habitaciones de los cristianos bautizados durante las fiestas de la última Pascua: se ignora la suerte que ha cabido á sus habitantes.

El subprefecto dió orden de que los supervivientes fuesen acompañados de una escolta. Así llegaron el criado y el catequista de dicho Padre, y ellos son los que me han hecho conocer los detalles de esta lúgubre tragedia. Eran portadores de una carta del mandarín. Este, temiendo comprometerse, indica los sucesos sin narrarlos, y para hacérmelos conocer me remite al testigo ocular que me envía. Afirma que ha remitido á sus superiores noticia exacta de los sucesos. El pobre hombre parece ha cumplido con su deber tan bien como le permitieron las escasas fuerzas de que podía disponer.

No puede decirse otro tanto del gobernador de la provincia. Veinte días van ya pasados sin que haya tomado ninguna medida represoria contra los asesinos, ni ninguna precaución para impedir la propagación del mal, y para garantizar la seguridad de los misioneros y de los católicos, á despecho de las reiteradas reclamaciones hechas por nuestro cónsul, M. Guillien, á cada acto de violencia realizado contra nosotros.

Antes bien empieza á descubrir sus disposiciones hostiles, pretendiendo que el misionero asesinado el 21 de Abril era, no el P. Bertholet, sino un sacerdote indígena llamado Son-Ngan-Nins, nombre que es exactamente el con que los chinos llamaban al asesinado Padre, designando por consiguiente ambos una sola persona. ¿Es lícito jugar de esta manera con los nombres? La mala fe es evidente. Y si sobrevienen nuevas desgracias, ¿quién sino esta inercia será responsable de ellas? El lugar donde se cometió el crimen dista

sólo cuatro jornadas de la capital; cerca de tres semanas llevamos ya transcurridas, y aún no se ha tomado medida alguna. ¿Cómo excusarlo?

A esto se debe el que los asesinos, según públicamente se susurra, mediten nuevas hazañas en las subprefecturas vecinas; el proceder de las Autoridades que hasta el presente han dejado impunes sus maldades, redundando en autorización de las mismas. Si persisten en su culpable indiferencia, ¡otras muchas serán las desgracias que tendremos que llorar! Sin una acción pronta y enérgica, es muy de temer que lo hasta hoy sucedido sea solamente el prólogo de las pruebas que deberemos sufrir.

En efecto, los crímenes de que fuimos víctimas hace seis semanas, fueron provocados única y exclusivamente por las causas señaladas al principio de esta carta, causas absolutamente independientes de nosotros. El P. Bertholet fué muerto en la vía pública, por dos criminales, de los cuales era completamente desconocido, sólo por ser misionero y extranjero; dos de sus compañeros sufrieron igual suerte, sólo porque formaban parte de su séquito.

Unos y otros, los cristianos de Pin-Van-Hien, y los propietarios de la Misión de Ou-Siuen, han sido víctimas de la ciega rabia, atizada á la par por las reivindicaciones europeas y por inmundos pasquines anónimos. Puede añadirse también que los promotores del drama del 21 de Abril sentían odio especial á la nación francesa, pues todos ellos habían servido recientemente en el ejército chino de la frontera anamita.

El complot de matar al Padre habíase tramado hacía por lo menos ocho días, y sospechando algo el catequista de Ly-Pon-Hien, Tsiang-Tché-yang, mandó aviso al Padre el día 15 de Abril. El 18 recibió contestación diciendo que el viaje debía hacerse acompañado de una escolta pretoriana, y que en consecuencia nada había que temer. El P. Bertholet nunca creyó llegara á tanto la audacia de sus asesinos.

Resumiendo: en menos de trece meses dos veces ha corrido sangre francesa en Kouang-Si, y las dos con circunstancias especialmente agravantes para el Gobierno chino. El 1.º de Abril de 1897, cometióse el crimen á corta distancia de una guarnición imperial, cuyos oficiales permanecieron indiferentes; el 21 de Abril de 1898, á instancias de un oficial retirado y por guardias nacionales llevando desplegadas las banderas. Francia tiene la palabra, ignoro lo que hará. Pero lo que sé es que si tiene algún interés en impedir se reproduzcan las lúgubres hecatombes acaecidas en Anam el 1885, debe emplear una acción rápida y enérgica, de lo contrario la vecindad con el Tonkín nos expone á las represalias de un pueblo semibárbaro, y á que las escenas de salvajismo se pongan á la orden del día.

La pobre Misión de Kouang-Si es realmente bien probada. ¿A quién no conmoverá el relato de sus dolores que van sucediéndose casi sin interrupción? Nuestras obras y nuestras vidas las ponemos en manos de Dios. Acordaos de nosotros en vuestras oraciones: ro-

gad en las iglesias, donde el Dios de eterna Majestad se complace en derramar abundantes gracias; rogad por nosotros, por todas las almas buenas y por las Ordenes religiosas, que trabajan para la extensión del reinado de Jesucristo sobre la tierra. Después enviadme nuevos soldados para ocupar los vacíos que causa la muerte, y ponerse al frente de nuevas cristiandades: hace ya largo tiempo dirigí la misma súplica; hoy la renuevo con tanta más urgencia cuanto es más necesaria.

El P. Bertholet, que actualmente contaba treinta y nueve años de edad, llegó á la Misión á fines de 1889. Había residido constantemente en el distrito de Siang-Tcheou. Terminado el estudio de la lengua, cuidó de la administración, cargo que ejerció desde principios del año 1891 hasta mi visita pastoral de primavera; cuando me encargué de la dirección de la Misión él reunió bajo su cargo los cristianos de las subprefecturas de Siou-Yen y de Lyon-Hien. Ha logrado extenderlas hasta Yun-Ngan-Tcheou, donde ha encontrado la muerte.

Siang-Tcheou ha sido especialmente el centro de su apostolado; ha fundado muchas obras y establecido con muy buen principio la de la Santa Infancia: había emprendido la construcción, en el pueblo de Long-nui, de un santuario dedicado á Nuestra Señora de Fourvière, de la cual como lionés era devoto y de la que había recibido grandes favores. Los recursos que le había proporcionado la caridad lionesa se han agotado, los trabajos han debido suspenderse, y si los devotos de Nuestra Señora de Fourvière no vienen nuevamente á nuestra ayuda, el santuario proyectado corre peligro de no terminarse jamás.

Él habíame escrito que poseía redactado con sumo cuidado un compendio de los favores que tan santa Madre le había dispensado, lo propio que de los adelantos de la Religión en su distrito; desgraciadamente este trabajo se habrá perdido con el robo de su equipaje.

Tales son las dolorosas noticias que debo transmitir. Gracias á los acontecimientos políticos, estamos pasando una época crítica. Quiera Dios abreviarla y dirigirla á su mayor gloria. Vuestra caridad me asegura que nada economizaréis para hacernos la prueba más llevadera.

HOFU (Hunan-China)

Quema de una casa-iglesia.—Convenio.—Movimiento favorable hacia el Catolicismo.—Visita al ilustrísimo señor Obispo.—Orfanatrofio en Latchou.

El Rdo. P. Fr. Saturnino de la Torre, agustino, escribe desde Hofu, con fecha 3 de Febrero, al Rdo. P. M. ex-asistente general, Fr. Tirso López, de la misma Orden, la siguiente correspondencia, que contiene interesantes datos de las Misiones de esta parte del gran imperio chino:

EL día 10 de Septiembre último, á eso de las once de la noche, quemaron nuestra casa-iglesia de aquí, de Hofu: aunque no estaba del todo concluida la obra, me iba á trasladar á ella aquellos días: robaron todo cuanto teníamos, y destruyeron la casa arrendada, en que habitábamos. Yo salí con el Breviario y la Epacta, sin más ropa que la poca que tenía puesta; pues por ser el día caluroso estaba (como se

acostumbra en esta tierra) con sola una túnica talar, la más vieja que tenía, por la cual se podría dar á lo sumo cinco reales vellón; y después de dejar en salvo á toda la gente de casa, las personas no sufrieron más que el susto, me fuí al tribunal de Ulinsien (Changte-fu) á pasar las vacaciones de vendimias y á pedir justicia al mandarín. Fué providencia especial, y yo mismo me admiraba de mí; pues en medio de tan grande desgracia, me hallaba tan tranquilo como si nada hubiera sucedido. Dios infundió miedo al mandarín, el cual desde el principio me prometió arreglar conmigo el asunto é indemnizarnos las pérdidas, suplicándome que no diese parte al cónsul; pero él dió cuenta inmediatamente al gobernador de provincia (al Fut'ai), lo cual me hizo temer algo; pues cuestión de grandes mandarines es cuestión de no acabarse nunca, y como había sufrido ya tantos descabros y escrito tantos papeles en reclamaciones por otros asuntos, graves sí, pero no tan graves como éste, comencé á temer por este lugar y por todas las demás residencias; pues los chinos en seguida dicen: «En tal ó cual parte les zurraron... hagamos lo mismo aquí.» Mas aún así seguía tranquilo, mostrándome siempre fuerte y como quien estaba seguro del triunfo, por ser la causa justa y clara, pidiendo al mismo tiempo al Señor, aunque tíbiamente, que se compadeciera de nosotros; y después de muchas consultas, altercados y casi riñas, á los ocho días justos convine con el mandarín en las condiciones del arreglo, firmándose el contrato el día de la octava de San Nicolás á las doce de la noche, casi á la misma hora en que se había verificado el destrozo; y poco más ó menos á la misma hora le escribo estas líneas, cierto que con más tranquilidad, gracias á Dios. Las condiciones del convenio fueron cuatro, que se reducen á dos: 1.ª Castigar á los culpables para escarmiento, á fin de que no suceda otra semejante (según las leyes chinas tienen pena de la vida los incendiarios, ladrones con gran violencia y destructores de moradas, todo lo cual se reúne en nuestro caso). Tal vez sea decapitado uno en estos días; otro ya murió en su casa de resultas del tratamiento recibido en la cárcel; otro, que huyó comprando antes á los tribunalistas, ha perdido cuanto tenía y no puede volver á Hofu ni á sus cercanías; otros han recibido muchos miles de azotes, continuando en la cárcel. La otra condición fué publicar edictos en favor nuestro, habiéndose publicado varios bastante buenos. Se fijó la compensación de las pérdidas en nueve mil tiaos, equivalente á nueve mil y pico de duros, pagaderos en tres plazos. Ya lo cobré todo sin dificultad, habiendo compensado á diez cristianos, que padecieron en el destrozo; de modo que hemos sido once en la distribución. A poco tiempo empecé de nuevo la edificación de la casa-iglesia, empezando á sufrir nuevas molestias, pues tengo que ser maestro de obras, inspector de carpinteros, albañiles, peones; comprar materiales y rabiar con todos, porque todos lo hacen bastante mal, sin tener una sola persona de quien pueda fiarme, robando cada cual lo que puede.

Por aquí, especialmente en el distrito de T'aoyuen-sien, hay no poco movimiento hacia nuestra Religión sacrosanta, y el número de catecúmenos aumenta de día en día: *Qui inceptit bonum opus, ipse perficiat.*

Fuí á Semensien á ver al señor Obispo y tratar con él varios asuntos, y allí vi por primera vez al P. Lorenzo Alvarez, su sobrino, y á todos hallé buenos, y buenos quedaron cuando me vine. El P. Lorenzo irá pronto á á Sesuetien con el P. Angel Diego. Va en mejores condiciones que fuí yo, pues ya tienen casa, la mejor de la Misión, y están respetados de todo el mundo. Cuando yo fuí no había nada, y tuve que vivir cinco meses en una choza, en donde me llené de miseria, teniendo que ocultarme varias veces y huir otra vez á Hupé. Dios nos va abriendo camino por todas partes. El P. Celeonio Martín está también tranquilo en Caichichiao, y hace poco compró sin dificultad una casa en la ciudad de Litchou, la cual destinaremos para orfanatrofio, porque en aquel distrito entregan muchas niñas, y tenemos que recoger ya á unas cincuenta mayorcillas para irlas educando. Allí tenemos más de ciento en poder de nodrizas, y es preciso preparar sitio para todas ellas y para las que se vayan recogiendo. ¿Cómo nos arregla-

MESOPOTAMIA

La «Athalie» de Racine en Bagdad

Nada tan hermoso y propio para demostrar el patriotismo de los misioneros franceses de Levante como esta encantadora relación, escrita en Bagdad por un Padre carmelitano que ha contribuido de una manera muy especial á la difusión de la lengua francesa en las orillas del Tigris.

*Carta del R. P. Maria-José del Sagrado Corazón
carmelita descalzo*

DEJA, lector amigo, deja que corra ligera tu imaginación, y que al empuje de sus alas incansables te traslade á Bagdad, la bella capital de los Califas, la ciudad encantada de *Las Mil y una noches*, la perla del Oriente. Pasa el Tigris, armonioso río de encantador edén, y penetra al barrio cristiano: mira la iglesia latina que muestra con orgullo su elevada cúpula entre los edificios de la Misión; parece ser el cora-



ANTIGUO MONUMENTO CERCA DE BENARES, PRESIDENCIA DE BENGALA, EN EL INDOSTÁN INGLÉS

remos para tantos gastos? De Filipinas no podemos por ahora esperar mucho, á pesar de que todos están bien dispuestos en favor nuestro, según me dijo el señor Obispo. Aquí podría yo sin dificultad alguna comprar en la famosa ciudad de Changtefu, la principal y centro de nuestro vicariato, pero no tengo con qué, y es preciso dejar pasar tan buena ocasión. Los infames protestantes se aprovechan de las victorias que nosotros hemos obtenido, y ya se han establecido en dicha ciudad, predicando directa y abiertamente contra nosotros, pero gracias á Dios, no están muy acreditados ni les hacen mucho caso.

zón de todo, y parece que por todas partes envía el movimiento y la vida.

Permíteme que dirija tus pasos hacia la gran sala del Colegio de los Padres Carmelitas Descalzos; cuando lleguemos á ella, graciosos niños árabes de negros, ojos que respiran fuego é inteligencia, te introducirán con la distinción y finura que dan siempre la educación cristiana y la pureza del corazón. El calor, que oscila durante los tres meses del verano entre 40 y 50 centígrados á la sombra, no permite que los alumnos desafíen los ardientes rayos del sol, y obliga á cerrar el colegio y á prolongar hasta fines de Agosto la época de vacaciones: á la fiesta de fin de curso es á la que vas á asistir.

El colegio muéstrase empavesado con mil variadas

banderas de distintos colores, entre las cuales ondea el pabellón francés.

M. Gustavo Rouet, cónsul de Francia, ocupa el sillón presidencial. Sentado á la derecha del cónsul vese á Sabri-Pachá, uno de los más distinguidos generales del ejército turco, junto con otros oficiales superiores y el Director de la escuela militar: su presencia testifica el aprecio y las simpatías de que gozan nuestros Padres en el gobierno local.

A la izquierda del cónsul siéntase el reverendo Padre Superior, que hace ya más de cuarenta años está al frente de esta Misión, con singular contento ve reunirse á su alrededor á los antiguos alumnos del colegio, que constituyen hoy el elemento más distinguido de la ciudad de Bagdad, y todos los cuales puede decirse que por él han sido bautizados, instruidos y casados.

Entre éstos ocupa el primer lugar Mr. Gabriel Asfar, gloria de nuestro colegio, pues él con su laboriosidad y excepcional talento ha sabido conquistarse una elevada posición social. Nacido de católica familia, la cual, hace más de siglo y medio que, siempre unida á nuestros Padres, ha compartido con ellos las diversas pruebas por los cuales han debido pasar, empezó el comercio hace veinticinco años sin otro capital que su inteligencia y su confianza en Dios: hoy sus numerosos vapores surcan los mares, y pasean por todos los puertos del mundo el nombre del comercio de Bagdad y de Bassorah. La Misión no tiene amigo más constante y fiel. Levantada en alto y mecida por el viento muestra Gabriel Asfar la bandera católica: la fe dirige todos sus actos. Su ejemplo evidencia los resultados que produce la acción constante de los misioneros en la elevación moral é intelectual de los indígenas. Su compañera, hija como él de Bagdad, es vivo retrato de la mujer fuerte. Reina en su casa orden igual al de una residencia de Religiosos. Celébrase todos los días el santo sacrificio de la Misa en la capilla particular, y al anochecer los acompañados sonos de la campana convocan á la oración á todos los habitantes y huéspedes de la casa. ¿No recuerdan estas santas costumbres las de la antigua Francia?

Dió principio á la fiesta su hijo Alberto, hermoso niño de doce años que ocupa en los bancos del colegio el lugar que en otro tiempo había ocupado su padre.

Cantó con verdadero sentimiento el tierno romance de Chateaubriand la *Patrie absente*:

Combien j'ai douce souvenance
Du joli lieu de ma naissance!
Ma sœur, qu'ils étaient beaux les jours
De France!
Oh mon pays, sois mes amours
Toujours! (1).

Después de éste un joven alumno, de origen inglés, declamó con acento francés irreprochable: *La Chevre de monsieur Leguin*, episodio de las *Lettres de mon Moulin*, de Alfonso Daudet. Esta composición fué declamada con tanto gusto y sentimiento, que difícilmente podrían superarla en los mejores colegios de Francia.

(1) ¡Cuán dulces recuerdos guardo—del hermoso lugar en que nací!—Hermana mía, qué felices eran los días—de Francia!—¡Oh patria mía, ¡seas tú siempre mi amor!

Lo más notable de la velada era indudablemente la *Athalie* de Racine, reducida á cuatro actos y que debían representar los alumnos del colegio.

Los jóvenes actores árabes, animados por el vivo deseo que sentían de hacer pública profesión de fe, declamaban con acento tan natural y sincero, con tan santo entusiasmo, que conmovían á cuantos les escuchaban.

Merece citarse especialmente el piadoso alumno que hacía el papel de Joas, el cual declamó con admirable expresión los conmovedores versos que Racine pone en sus labios:

Dieu laissa-t-il jamais ses enfants au besoin?
Aux petits des oiseaux il donne leur pâture,
Et sa bonté s'étend sur toute la nature (1).

Y cuando Athalie para lograr que le siga dicele:

Venez dans mon palais, vous y verrez ma gloire.

JOAS

Moi! des bienfaits de Dieu je perdrais la mémoire!

ATHALIE

Non, je ne vous veux pas contraindre à l'oublier.

JOAS

Vous ne le priez point.

ATHALIE

Vous pourrez le prier.

JOAS

Je verrais cependant en invoquer un autre.

ATHALIE

J'ai mon Dieu que je sers: vous servirez le vôtre:
Ce sont deux puissants dieux.

JOAS

Il faut craindre le mien
Qui seul est Dieu, et le vôtre n'est rien! (2).

El Joas pronunció estas últimas palabras con acento tal de convencimiento y acompañadas de tan noble ademán, que el auditorio, puesto en pie, aplaudía frenéticamente.

El sueño y la imprecación final de Athalie

Dieu des Juifs, tu l'emportes!

fueron declamados con acento francés tan puro que el cónsul, llegado recientemente de Mesopotamia, no cesaba de demostrar la agradable sorpresa que le producía. Con gran dificultad pueden saberse y apreciarse desde lejanas tierras los resultados del trabajo de los Padres misioneros. En Bagdad recuérdase aún y después de largos años excita la hilaridad de todo el mundo aquel ingeniero francés, puesto á servicio del Gobierno, que llevó entre su equipaje una maleta llena de cajas de fósforos: creyó se encontraría entre salvajes iguales á los de Nuevas-Hébridas, ó á los negros del Africa.

(1) Dios, ¿dejó jamás á sus criaturas en la necesidad?—El da alimento á los pajaritos,—y su bondad se extiende por toda la creación.

(2) Ven á mi palacio, en él verás mi gloria.—J. ¡Yo! olvidárame de los beneficios del Señor.—A. No, no pretendo obligarte á que lo olvides.—J. Pero V. no le ruega nunca.—A. Mas tú puedes rogarle.—J. Vería, sin embargo, invocar á otro.—A. Yo tengo á mi dios á quien sirvo: tu servirás al tuyo: ambos son poderosos dioses.—J. Es preciso creer en el mío. Sólo El es Dios, señora; ¡el vuestro es nada!

Una pieza cómica, escrita en árabe por el profesor del año preparación de retórica, proporcionó á todos los concurrentes un rato de solaz haciéndoles reír hasta derramar lágrimas.

La fiesta había terminado. Adelantóse el hijo de Gabriel Asfar, y dirigió al representante de Francia el siguiente discurso:

CÓNSUL:

Un día el rey Enrique IV presentóse delante de una de sus ciudades francesas. La población, llevando á su cabeza á los regidores, salió más allá de los muros para recibirle. Al hallarse delante el Rey el decano, desdoblado un grueso pergamino (igual, sin duda, al que tengo yo) le habló estas palabras: «Señor, ¡por treinta y una razones hemos dejado nosotros de disparar cañonazos á la llegada de Vuestra Majestad! La primera: por carecer de cañones...» Oída la cual interrumpióle el Rey diciendo: «Esta razón es suficiente, decano, yo te dispense de leer las restantes.»

Cónsul: bien quisiera ser poeta, y poeta inspirado y elocuente, para celebrar vuestra feliz llegada y deciros lo mucho que nosotros amamos á la noble Francia, á esta nación que tan dignamente representáis entre nosotros: pero también yo tengo mas de treinta y una razones que me imposibilitan hacerlo; la primera de las cuales es que no soy más que un pobre y joven estudiante que sólo empieza á balbucear la hermosa pero especialmente católica lengua francesa: dignaos, pues, cónsul, perdonarme; suplid todo cuanto quisiera deciros, y aceptad estas dos palabras sencillas, sí, pero salidas del corazón; ellas expresan nuestro amor y nuestra gratitud á Francia y á vos, cónsul, á quien agradecemos el honor que nos habéis dispensado presidiendo esta fiesta final del presente curso. ¡Viva Francia! ¡Viva el cónsul!

Levantóse á continuación el cónsul, y con elocuentes frases recordó la protección que siempre ha prodigado Francia á los misioneros de todas las partes del mundo, y añadió:

«Ello es precisamente una de las más puras glorias de la patria de San Luis y de Juana de Arco.»

Elogió luego los resultados obtenidos en el colegio de los Padres, los cuales nunca hubiera creído tan brillantes: invitó al general Sabri-Pacha á reconocer junto con él que el Gobierno turco no tiene auxiliares mejores que los misioneros para lograr la prosperidad del país, y terminó asegurando á los Carmelitas sus servicios y constante amistad.

Precisa desconocer por completo el Oriente para no convenir en que la influencia francesa es debida casi en absoluto á los misioneros. Nadie ignora que Inglaterra hace tiempo busca la manera de lograr apoderarse de Mesopotamia. Para preparar el terreno esfuerzase en propagar el Protestantismo. Los ministros y las diáconisas, ambos espléndidamente subvencionados y públicamente protegidos, no sólo instruyen sin retribución alguna, sino que al contrario frecuentemente sucede que dan dinero á los padres para poder tener sus hijos por discípulos. Dedúcese de ahí la necesidad absoluta de conservar nuestro colegio completamente gratuito, y de hacer gastos considerables con recursos que distan mucho de ser suficientes para cubrir todas las necesidades. Actualmente acabamos de fundar un Patronato

de jóvenes, cuyo objeto es secundar los deseos manifestados á todas las escuelas por Su Santidad el Papa León XIII, y al propio tiempo librar á los que fueron alumnos nuestros de la tentación de asistir al Círculo que han abierto los metodistas. ¡Cuán cierto es que en Oriente influencia inglesa es sinónimo de Protestantismo é influencia francesa lo es de Catolicismo.

La Iglesia ha confiado á la Orden Carmelitana tres importantes Misiones, que nuestros Padres misioneros evangelizan con celo: las de Vérapoly, Quilón y Travancore. A pesar de rudos golpes que de tiempo en tiempo descarga sobre ellos la fiebre amarilla, sucédense animosos siempre en los puestos de peligro: todos, uno tras otro, son atacados sin excepción, mas nuestros Religiosos no se desaniman: ¡ellos no cesan de ofrecerse con sencillez heroica á sus superiores para ir á llenar los vacíos y á poner sus vidas en peligro!

A toda Orden religiosa son indispensables las Misiones, aun cuando sea de vida contemplativa en su mayor parte, como la de los Carmelitas, dado que el espíritu de sacrificio, sin el cual nada puede fundarse ni sostenerse en la Iglesia de Jesucristo, encuentra en ellas ocasión de ser ejercitado.

Dios bendice un Instituto religioso y le suscita numerosas vocaciones, en proporción igual al completo rendimiento de la voluntad de sus miembros á la mayor gloria de Dios y al bien de las almas. Ello fué la causa que movió á los primeros Padres de la Reforma, el venerable P. Juan de Jesús-María, y el ilustre P. Tomás de Jesús, á infundir á nuestra santa Orden el amor á las Misiones.

Lector querido, si tu actual situación impide venir á sacrificar personalmente, no te impedirá contribuyas al desarrollo de éstas con una limosna, que recibiremos como pescado fresco en Cuaresma; pero si alguno animado de este divino entusiasmo que, al decir del historiador de los monjes de Occidente, forma al misionero, viene á prestarnos su concurso, será, como es natural, recibido con los brazos abiertos.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Continuación)

Y por su significación patriótica

A PARTE su carácter esencialmente religioso, tienen los Regulares del Archipiélago otra significación que los hace odiosos á los separatistas: son la única institución española permanente y de arraigo en las islas con organización propia y vigorosa, perfectamente adaptadas á estas regiones. Mientras los demás peninsulares están aquí cumpliendo su deber más ó menos tiempo, según conviene á sus intereses particulares, sin otro vínculo que á Filipinas les ligue que su propia conveniencia, sin conocer el idioma del país, ni tener con los naturales más relaciones que las de un trato superficial, los Religiosos venimos aquí para aquí sacrificar toda nuestra existencia; formamos en el Archipiélago como una red de soldados de la Religión y la patria, esparcidos hasta por los más retirados pueblos de las islas: aquí tenemos nuestra historia, nuestras glorias, la casa sola-

riega, por decirlo así, de nuestra familia; y dando un adiós eterno al suelo natal, nos condenamos voluntariamente, en virtud de nuestros votos, á vivir perpetuamente consagrados á la educación moral, religiosa y política de estos naturales, por cuya defensa hemos librado en todo tiempo campañas que, sin las crudezas y exageraciones piadosas de Las Casas, han reproducido constantemente en Filipinas la figura del inmortal defensor de los indígenas americanos.

Astucia de los cabecillas del filibusterismo

En este punto hay que confesar que son lógicos los cabecillas del filibusterismo. Los regulares, se han dicho, son los españoles de mayor arraigo é influencia en el país, y los más queridos y respetados del pueblo; ¿no transigen, jamás transigirán con nuestros proyectos? Pues pidamos su expulsión, y que de un modo ú otro desaparezcan: y si no lo conseguimos, destruyámoslos; y puesto que hay muchos peninsulares que, influidos por los errores modernos ó llevados de ignorancia ó mala pasión, dan oídos á los que gritan contra los Religiosos, gitemos mucho, formemos un haz poderoso contra ellos, conjurémonos en logias y clubs políticos, y pidamos á todo trance medidas depresivas y exterminadoras del clero regular; y esos peninsulares nos oirán sin miedo á que nos tengan por filibusteros. Se dirá de nosotros que somos liberales, que somos reformistas, que somos demócratas, que somos hasta masones y librepensadores; pero eso no importa. También lo son muchos peninsulares, también ellos gritan contra los Religiosos, también ellos piden la libertad de pensamiento, la libertad de imprenta, la libertad de asociación, la secularización de la enseñanza, la desamortización eclesiástica, la supresión de los privilegios del clero; también ellos gritan contra la terrible teocracia, y no tienen reparo en difamar á los Religiosos y en achacarles todo género de inculpaciones.

Esa es, excelentísimo señor, la consigna que para sus fines separatistas, y principalmente desde la paz de Biac-na-bató, se han dado todos los filibusteros, y cuantos de un modo ó de otro procuran la emancipación del país. Nada contra España, nada contra el Rey, nada contra el ejército, nada contra la Administración española: decid que si os habéis levantado en armas, ha sido exclusivamente por los abusos del clero; que no intentabais separaros de la Metrópoli; que sólo queríais las modernas libertades y la desaparición de las Ordenes. Y aun cuando todos los documentos, judiciales y extrajudiciales, en que constan los planos de los conspiradores, y los actos todos del cantón de Cavite durante su efímera emancipación, demuestran lo contrario, nos esforzaremos por decir que ese no era el pensamiento de los rebeldes, que eso era cosa de algunos exaltados ó locos, pero que la gran masa de los sublevados sólo se levantó en armas por anhelar esas libertades. La multitud de españoles seculares de toda clase y profesión sacrificados; los incontables indígenas muertos ó vejados de mil maneras por conservarse fieles á la patria; los gritos de ¡mueran los castilas! y ¡vivan los tagalos! los sellos de república tagala, república filipina, ejército libertador; las alocuciones y circulares de la Asam-

blea ó Consejo supremo, la flamante Constitución kati-punesca en signos de misteriosa clave y la redactada en Biac-na-bató; y por este estilo, infinidad de hechos y documentos, muchos de ellos recientes, que hasta la sociedad demuestran evidentemente el carácter antiespañol y separatista de la insurrección, todo eso lo taparemos ahora gritando ¡abajo los frailes! ¡Vivan las libertades democráticas! ¡Viva España! Y con esos gritos, seguros estamos de que se nos atenderá, y de esa manera más fácilmente podremos llegar al logro final de nuestros deseos.

Esa es la lógica y táctica de los filibusteros, y hay que confesar que en eso muestran tener talento práctico y conocer perfectamente la sociedad que los rodea. Si hubieran dicho que la insurrección había sido provocada por los excesos de los empleados, de los militares, de los gobernadores, de los administradores de Hacienda; si hubieran puesto de relieve la multitud de abusos que en una ú otra forma (aunque jamás por la nación, ni por la mayoría de sus hijos) se han cometido contra el indígena, á eso hubieran atribuido el levantamiento en armas, tendrían ahora de frente á todo el elemento peninsular, y su voz no hubiese tenido el menor eco, ahogada por la más poderosa de otras que hubieran salido en defensa del nombre español, y que les hubiesen cerrado la puerta á todos los medios de propaganda y agitación que ahora explotan. Pero declamando contra el clero, y pidiendo las libertades que éste por conciencia no puede aprobar, tenían por lo menos asegurada su campaña, y en parte quizás el éxito de la misma.

Sus verdaderos designios

¿No descubre esto, excelentísimo señor, que al hablar de los supuestos ó enormísimamente exagerados abusos del clero, no les mueve el amor á la justicia y á la moralidad, y mucho menos el amor á España? ¿Pues qué? ¿desconocen ellos que para un Religioso que haya abusado, es un suponer, de su ministerio, ha habido en proporción muchos más seglares (y conste que á nadie acusamos, y menos á las dignas Corporaciones oficiales) que han convertido su cargo, total ó parcialmente, en medio de ilegal medro? ¿No han clamado otras veces, y cuando estaban en el período preparatorio de la insurrección, contra la benemérita Guardia civil, contra jueces y alcaldes, contra el ejército, contra los peninsulares residentes en las islas, contra la Administración en general, é incluso contra las Autoridades superiores del Archipiélago? ¿No consta así por los libros del desgraciado Rizal, por la *Solidaridad* y otros papeles y folletos de los laborantes, aunque precisa no olvidar que siempre fué su consigna predilecta atacar crudamente á los Religiosos? Indudablemente que sí; pero no les convenía ahora decirlo; ahora era llegada la ocasión de mostrarse muy españoles, muy amantes del Rey (ellos que se afilian en cuanto pueden en los partidos más radicales), muy afectos al ejército, y de sólo atacar á los Religiosos...

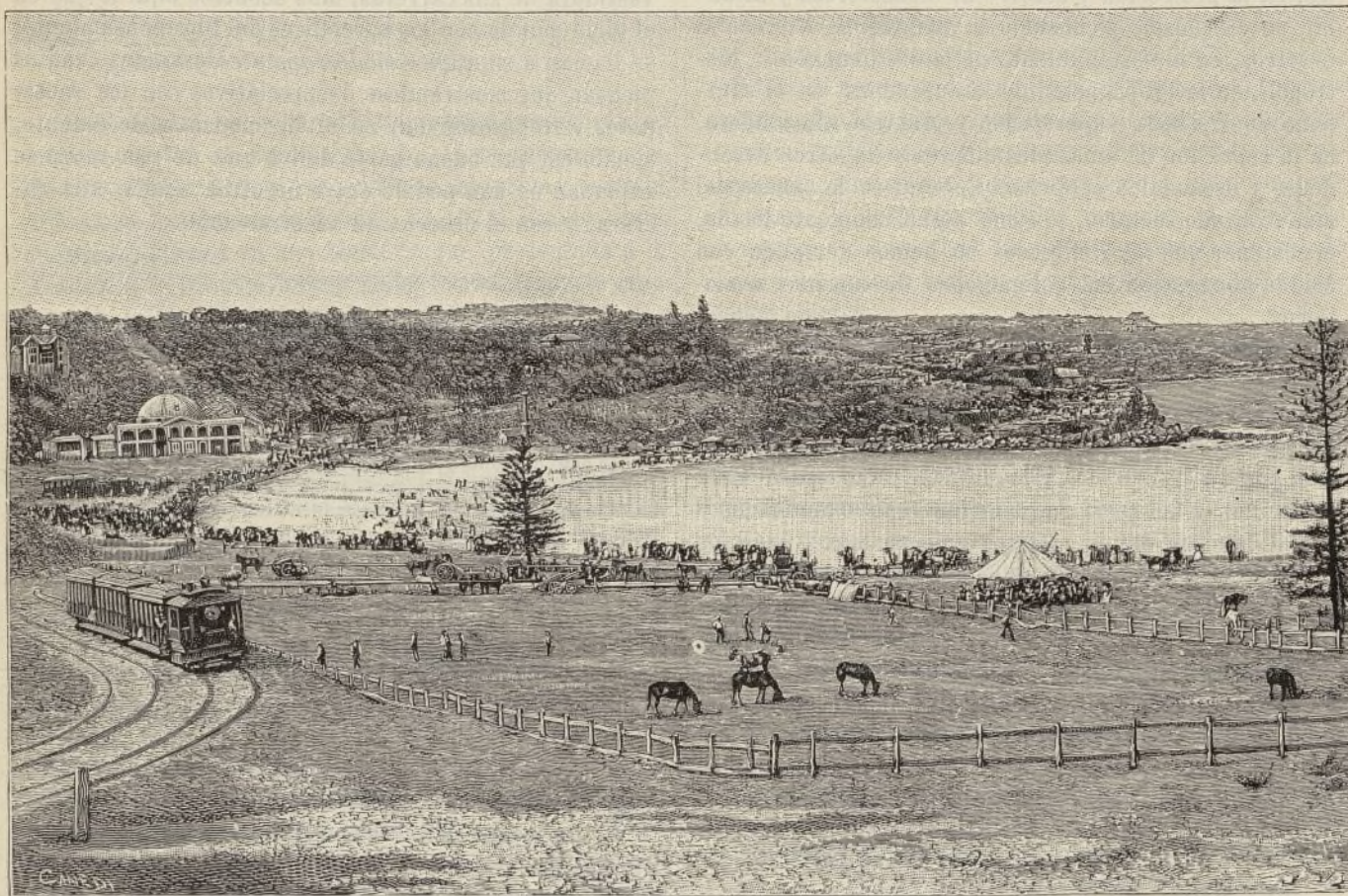
Acusaciones á las Ordenes

Dolosamente obran, diremos con el Salmista (*Psal. xxxv*); hablan de paz y de amor en lo exterior, pero

la maldad y el odio se ocultan en sus corazones, *Super-vacue exprobraverunt animam meam*. Vanísimamente nos injurian, añadiremos, por lo que respecta á las acusaciones que se nos dirigen. Testigos inicuos se han levantado, y me inculpan cosas que ignoro; me devuelven mal por bien, y han jurado mi destrucción; pero tú, Señor, destrozaráis sus planes, y salvarás mi existencia. (*Psal. xxxv*).

Testigos inicuos, sí, excelentísimo señor; porque ¿dónde están esos abusos, esos excesos, esos vicios, esas tropelías, de que tanto se les llena la boca, dándoles materia para sus declamaciones de club demagógico y populachero? ¿Qué tienen las Corporaciones religiosas, estudiadas con alto criterio sintético, que no sea

Con vuestras buenas obras tapad la boca á la ignorancia de los hombres necios é insensatos, nos dice San Pedro. (*I Pet. II, 15*). No andamos con artificio, ni alterando la palabra de Dios, sino que manifestando la verdad nos recomendamos á nosotros mismos para que todos los hombres nos juzguen con conciencia recta delante de Dios: esa es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia, nos enseña también San Pablo. (*II Cor. II, 4*). De nuestro deshonor se sigue el deshonor de la santa y española misión que ejercemos; y Dios nos tiene dicho que seamos la sal de la tierra y la luz del mundo; y que de tal manera brillamos, que vean los hombres nuestras buenas obras y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos.



AUSTRALIA.—Bahía Cooge.—Vista de la feligresía de Rendwick. (Pág. 32+)

conforme con los Cánones de la Iglesia y reglas de su Instituto, que no se ajuste al ministerio santo que profesan, que no sea grandemente beneficioso á los intereses supremos de la patria? Por todas partes volvemos la vista, y por muy de lince que sean los ojos, si no se mira á las Ordenes á través del prisma farisaico ó separatista, nada descubren que no merezca el más cumplido aplauso. *Laudet te alienus*, dice el Libro santo de los Proverbios, *et non os tuum*. Pero aquí no se trata de alabarnos á nosotros mismos; se trata de vindicarnos, de defender nuestra honra injustamente mancillada, de demostrar nuestra misión eminentemente española, y de sostener nuestro buen nombre, que es nuestro tesoro, que es el gran título de nobleza que jamás podemos abdicar, ni consentir sea vilipendiado.

Cómo éstas han cumplido sus deberes

A la vista de todos están esas buenas obras, que, por la gracia de Dios, son el mejor timbre de las Corporaciones. No sólo predicamos aquí el Evangelio, no sólo trajimos á vida cristiana y civilizada á los bárbaros y fetiquistas habitantes de estas islas, no sólo en unión con las demás entidades oficiales, logramos la incorporación del Archipiélago á la corona de España y le hemos conservado pacífico y feliz por espacio de tres siglos, como es notorio, sino que en todo tiempo, aun en éstos, en que tanto se nos injuria por algunos ingratos filipinos á quienes compadecemos, hemos sido los constantes defensores de los indios, soportando por esta causa disgustos sin cuento y todo género de persecu-

ciones por parte de muchos peninsulares, que no comprendían lo religioso y patriótico de nuestra conducta. En todo tiempo hemos velado por la pureza de la fe y por la conservación de las buenas costumbres; y en nosotros han tenido siempre un severo fiscal y el más inflexible censor las exacciones ilegales, los cohechos, las socaliñas, los atropellos, la holganza, el juego inmoral, la vida licenciosa ó poco morigerada.

¿Puede decirse de los Institutos religiosos, ya colectivamente, ya en la inmensísima mayoría de sus individuos, que hayan prevaricado, abandonando alguna vez los deberes de su cargo, en la administración de Sacramentos, en la celebración del culto, en la predicación y catéquesis cristianas, en la vigilancia de las buenas costumbres, en la tutela de los intereses morales, en la protección y socorro al menesteroso y al débil, en el consejo y consuelo á cuantos se acercan á nosotros, en el sostenimiento de la obediencia á la Metrópoli, en la propagación de la enseñanza, en la campaña contra toda superstición y práctica alucinadora, en la represión de amancebamientos y de otros desórdenes y escándalos públicos? ¿Cabe ni en la cabeza del más exaltado sectario, si tiene algún momento lúcido, el sostener que los Religiosos no hemos cumplido con asidua abnegación las obligaciones de nuestro ministerio?

Cansados estamos de leer, excelentísimo señor, cuánto desde hace años se ha escrito y propalado contra nosotros, y sabemos también cuánto ahora se dice en tertulias y corrillos; y con la mano puesta en el corazón, con la frente alta y levantada, como quien anda en la luz, y no teme que á la luz sean examinadas y discutidas sus obras, retamos y desafiamos á nuestros detractores y calumniadores, y á los que con ligereza ó por otro móvil no recto y falto de ciencia, hablan y murmuran, á que con datos exactos, con noticias perfectamente comprobadas, nos demuestren, no ya la exactitud de todas sus inculpaciones, sino la mera probabilidad de cuanto alegan en contra de nuestra honra y bien cimentado crédito, tocante al cumplimiento de nuestros deberes, así religiosos como patrióticos.

Su proceder respecto á obtenciones parroquiales, á la enseñanza y trato con personas ilustradas

Se habla de que abusamos en la exacción de honorarios parroquiales. Consúltense las leyes de la Iglesia, tráiganse al examen las doctrinas de los moralistas y los principios del derecho natural y divino positivo; y con sujeción á esa única regla segura de criterio, dígasenos después si abusamos del pueblo en esa materia, y si nuestro proceder, dentro de lo justo, no es el que emplean los sacerdotes más desinteresados.

Se habla de que somos enemigos de la instrucción y de la propagación de las luces; pero si por instrucción y luces no se entienden las doctrinas condenadas por la Iglesia nuestra Madre, dígasenos si en las islas hay algo de instrucción que no haya sido fundado, amparado, sostenido y fomentado por el clero en todos los ramos de enseñanza, así primaria, como secundaria y superior.

Se dice que desdeñamos á los ilustrados del país y que los hacemos objeto de toda clase de persecuciones.

Eso es tan raro y estupendo, que se ocurre pensar si nuestros enemigos escribirán en los espacios imaginarios. Multitud de jóvenes salen todos los años, terminado el bachillerato ó concluida alguna carrera mayor, del Ateneo Municipal, de los colegios de Manila y provincias y de la Universidad, y con la amistad de la inmensa mayoría de ellos nos honramos, siendo para nosotros satisfacción no pequeña verlos prosperar y saber que corresponden á la cristiana y sólida enseñanza que han recibido. Del copioso número de estudiantes que pueblan nuestras aulas, y del no pequeño de graduados que están esparcidos por todas las islas, sabido es que muy pocos han tomado parte en la rebelión, y que la inmensa mayoría se han mantenido fieles á España, cumpliendo el juramento que hicieron al recibir la investidura de sus carreras. Mas acontece aquí lo que en el viejo mundo con los aprendices del librepensamiento; se llaman á sí propios *modestamente* ilustrados cuantos piensan que mostrándose despreciativos con los sacerdotes y Religiosos dan señal de ciencia y de talento, siendo así que buena parte de los que de ese modo se expresan no han podido entre nosotros acabar una carrera, y son el desecho de nuestras aulas.

(Se continuará).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

POR EL P. ADRIANO LAUNAY, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

El autor del estudio cuya publicación empezamos, después de haber sido misionero en Cochinchina, regresó á Paris, llamado por sus superiores para encargarse de trabajos más indicados á su talento y erudición. Es autor de la *Historia de la Sociedad de Misiones Extranjeras*, obra que fué distinguida por la *Académie des sciences morales et politiques* con el premio Audiffret.

Introducción

Noble Tonkin! Terre par Dieu bénie
Des héros de la Foi glorieuse patrie,
Je viens aussi pour te servir,
Heureux pour toi de vivre et de mourir! (1)

Así cantaba, hace aproximadamente medio siglo, Teófilo Vénard, el más glorioso de los mártires franceses del Tonkín, y con palabras las más apropiadas que darse pueden, nombra á la Misión que iba á convertir y á civilizar llamándola la patria de los Mártires; y en verdad, ¿cuál es el distrito, la provincia ó aldea del Tonkín que no cuente sangrientos fastos en la historia de su conversión? Si quisiéramos adquirir reliquias de los fieles de la Iglesia en estas regiones ¿no bastaría para ello, al igual que en Roma sucede, bajar la mano y coger un puñado de tierra? Pero no son éstas solas las reliquias que muchos desean conservar y venerar, sino que también quieren saber los recuerdos de los sufrimientos, de los combates, de la muerte de los apóstoles y de sus discípulos. Recuerdos son éstos que poseen al igual que los restos de los Santos, virtud que fortifica, consuela y sana, y ello es lo que me ha impulsado á recoger algunas. No intento, en verdad, escribir una historia detallada, un catálogo completo, un trabajo científico que venga á ser la últi-

(1) ¡Noble Tonkín! Tierra bendecida por Dios, patria gloriosa de los héroes de la fe, yo vengo á prestarte mis servicios, feliz de vivir y de morir por ti!

ma palabra, la obra definitiva de cuantas sobre esta materia puedan escribirse, muy al contrario, mi trabajo no es otra cosa que un relicario, al cual bien quisiera con perfección mucho mayor cincelado y adornado con muchas y más valiosas riquezas. Pero sencillo como es, atrévome á decir repitiendo los hermosos versos del Venerable Teófilo Vénard:

Noble Tonkin! Terre par Dieu bénie
Des héros de la Foi glorieuse patrie,
Je viens aussi pour te servir...

no copio la última línea; morir como Teófilo Vénard esto sería ver realizada la esperanza más bella de cuantas albergará jamás mi corazón.

I

Primeros años de la evangelización.—Los PP. Baldinotti, de Rhodes y Marquis, de la Compañía de Jesús.

Mr. Romanet du Caillaud, historiador contemporáneo, hace remontar la predicación del Cristianismo en el Tonkín al año 1552, y las primeras tentativas, como si dijéramos los primeros deseos, al 1572. Expuso esta cuestión histórica en una Memoria que, presentada á la Academia de Inscripciones y Bellas letras, despertó gran interés, y llamó muy especialmente la atención de los miembros de la docta Asamblea, más ocupada generalmente en tratar de Roma y de Atenas: pronto verá dicho trabajo la luz pública. No es mi intento deshojar el resultado de sus investigaciones y análisis; conténtome con citarlo, y empiezo mi relato por la llegada del Padre Julián Baldinotti, de la Compañía de Jesús, nacido en Italia, el cual á fines del 1626 pasó de Macao al Tonkín.

En tanto que los comerciantes portugueses que en el mismo navío habían hecho la travesía, traficaban con los indígenas, él se hizo presentar al Rey y ofrecióle varios presentes, que fueron muy bien recibidos. Hermoso parecióle el país, y amables é inteligentes sus habitantes: pero como desconocía por completo el idioma, viose imposibilitado de empezar desde luego la predicación del Evangelio. Sin embargo, bautizó á cuatro niños que estaban en peligro de muerte.

Cediendo á las instancias del P. Baldinotti, la Compañía de Jesús envió al Tonkín á los R. P. de Rhodes y Marquis. El primero era nacido en Francia, y su nombre se ha hecho célebre en los anales de las Misiones: escribió una interesante relación de su viaje, la cual ha sido impresa repetidas veces. Su estilo es fácil y agradable, y sus relatos están adornados con interesantes anécdotas, que vienen á aumentar su interés y amenidad.

Desembarcaron en Cua-bang, al Sud de la Misión, que existe actualmente en el Tonkín Occidental; los apóstoles, y los marineros de la nave que los condujo, viéronse pronto rodeados de multitud de curiosos, impacientes para contemplar las mercancías del Occidente.

Misionero durante largos años en Cochinchina, antes de pasar al Tonkín poseía dicho P. de Rhodes con toda perfección la lengua anamita, la cual comparaba al gorgojo de los pájaros, y de ella se sirvió para hablar á la multitud.

«Empecé, dice, anunciándoles que era dueño de una

mercancía más preciosa y más económica que cuantas pudieran imaginar jamás; que regalada la daría á quienes quisieran poseerla, y que ésta era la verdadera ley y el verdadero camino para poseer la felicidad: sobre este tema, y anunciado como digo, pues que la palabra *dang* significa en su idioma ley y camino, híceles un corto sermón. Dios quiso que el primer intento fuese fructífero, y cuando apenas habíamos pisado la tierra, movió con su santa gracia á dos hombres muy distinguidos, los cuales quisieron recibir el bautismo, que, pasado algún tiempo, administré á ellos y á sus familias.»

Llevado á la corte el misionero, ofreció al Rey un reloj de pared, un reloj de arena y un libro de astronomía.

Los relojes gustaron en extremo al Monarca, pero como desconocía su uso, suplicó al P. de Rhodes que se sirviera indicárselo. Colocó el Padre el reloj de pared é hizo dar las horas, acto seguido cogió el de arena, volviolo al revés, y dijo al Rey: «Empezará el reloj de pared á dar las horas cuando toda la arena que éste contiene haya pasado á la parte inferior.» Atrevida pareció esta afirmación, y aun muchos la juzgaron presuntuosa. A despecho de tales augurios, el pronóstico se realizó, y á su vista la corte entusiasmada saludó como á un grande hombre al importador de tan admirables objetos.

Seducido al igual que todos sus cortesanos por lo que acababa de presenciar, el Rey pidió al misionero que permaneciera entre ellos por espacio de dos años.

—Señor, contestó el P. de Rhodes, muy feliz seré sirviendo, no ya dos años, sino mi vida entera á un príncipe tan grande como vos.

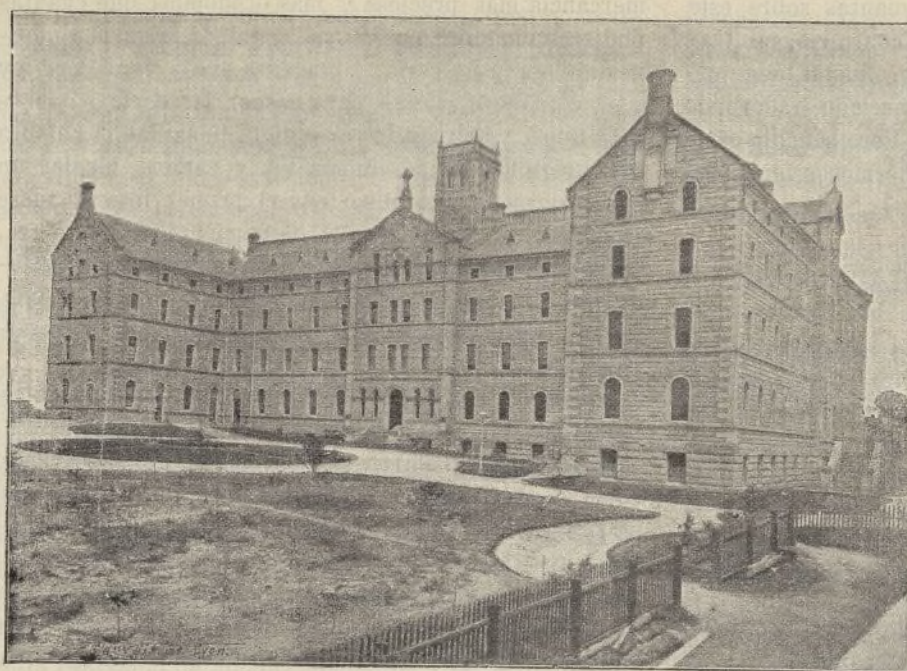
El principio fué bueno, pero la continuación mejor: el Rey mandó construir una iglesia y habitación para el misionero, y la multitud acudió solícita á escuchar las predicaciones del sabio extranjero.

Una hermana del Monarca, y diecisiete de sus más próximos parientes, recibieron el bautismo, imitando su ejemplo varios mandarines y muchos soldadados. El primer año el número de bautismos fué de 1,200, subiendo esta cifra á 2,000 el siguiente año, y el tercero á 3,500. Muchos ministros de los ídolos convirtiéronse al Cristianismo.

El celo y virtud de los neófitos eran admirables.

«Con toda sinceridad puedo decir, escribe el P. de Rhodes, que nada ha conmovido tanto mi corazón como el ver que en este reino puede decirse que existen casi tantos ángeles cuantos son los cristianos, y que la gracia del bautismo comunica á todos espíritu igual al que poseían los Apóstoles y Mártires de la primitiva Iglesia.»

Es muy frecuente en los escritos de los Padres misioneros del siglo XVII leer elogios de sus neófitos parecidos al que acabo de copiar, en los del siglo XVIII los elogios son algo menos entusiastas, y en el siglo XIX pierde un grado más el entusiasmo que los informa. ¿Eran mejores los fieles ó bien eran más indulgentes los misioneros? Dejaremos sin resolver esta cuestión ante el temor de desalentar á los que prefieren el pasado al presente, ó de ver que nuestra opinión es juzgada errónea por aquellos de nuestros contemporáneos



AUSTRALIA (Sydney).—Colegio de San José, á cargo de los Hermanitos de María. (Pág. 326)

que están persuadidos que marchan á la par el progreso moral y el material. Sea de ello lo que fuere, los fieles del Tonkín son excelentes cristianos, conocen los esplendores del Catolicismo, practican las más delicadas y más heroicas virtudes, y varias veces al pasar el lector sus ojos por las páginas que á ésta siguen, le admirará la santidad de su vida y el heroísmo de su muerte.

Dejó el Rey en libertad absoluta á los predicadores del Evangelio y á los fieles todos, sin que por ello pensara en seguir el ejemplo de parientes y amigos. Se ha dicho con ciertos visos de verdad, que la política era factor muy importante en esta tolerancia ó indiferencia. Valiéndose de la influencia de los misioneros, confiaba obtener el auxilio de Portugal contra los cochinchinos, pueblo aliado hoy, enemigo mañana, y el cual por aquel entonces atacaba las fronteras de Tonkín.

Como no logró lo que pretendía, mostróse algo descontento: pasado breve tiempo un incidente vino á aumentarlo, y el Monarca hizo recaer la responsabilidad del suceso sobre los misioneros.

Ocurrióles á los cochinchinos la idea de vestir la primera línea de sus tropas con el uniforme portugués. Este ardid vióse coronado por el más feliz éxito, pues el ejército del Tonkín, convencido de que se hallaba frente soldados europeos, volvió las espaldas emprendiendo precipitada fuga. Los cochinchinos, al contrario, persiguieronles este día con tanto ardor, que parecían empeñados en demostrar que algunas veces el traje hace el soldado. El Rey del Tonkín,

convencido de que su ejército había sido derrotado por tropas portuguesas, irritóse contra los misioneros, y los mandarines paganos apresuráronse á aprovechar la colera del Rey. Un decreto fechado á primeros de Enero del año 1630 expulsaba del país al P. de Rhodes y á todos sus compañeros.

Después de una semiprisión que cerraba para los misioneros la puerta de su cárcel, pero les permitía salir por las ventanas para ir á administrar los Sacramentos á los fieles, obligóseles á partir sin demora. Arroddados en la orilla los cristianos despidieron con los ojos llenos de lágrimas á sus Padres espirituales; la nave con marcha majestuosa fuese alejando de la costa, y el Tonkín quedó sin sacerdotes.

(Se continuará).

EN SYDNEY

POR EL R. P. VANDEL, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

V

Otras causas de los progresos del Catolicismo en Australia

Aún hay otras razones que explican la prosperidad de la Iglesia católica en Australia.

Ante el aumento inesperado de la población de la América del Norte, la Iglesia se encontró desprevenida. No tenía, en efecto, ninguna institución, ningún cuadro dispuesto en aquel suelo que invadía la emigración europea. Las vacas flacas sobrevinieron sin haber-



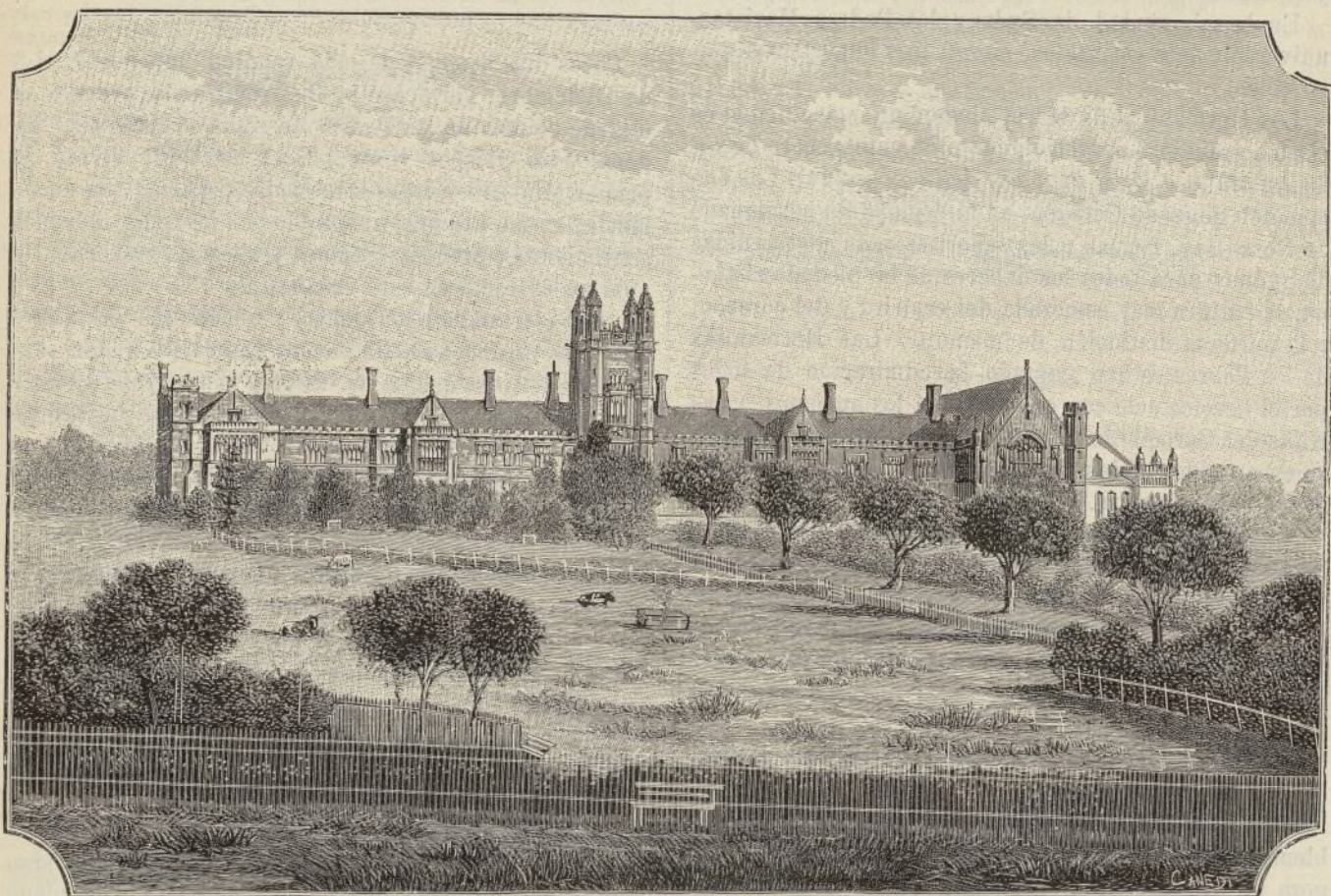
AUSTRALIA.—Casa Consistorial de Sydney. (Pág. 326)

las precedido las gordas, y los graneros estaban vacíos cuando la familia acrecentada pedía pan... Así durante mucho tiempo la escasez del clero no respondió á las necesidades del pueblo. Privado de sacerdotes, de enseñanza religiosa y de la práctica de los Sacramentos, las generaciones crecían en la ignorancia y la indiferencia religiosa. Desde algún tiempo acá la Iglesia de América hace admirables esfuerzos para neutralizar los resultados de esta desdichada situación.

Dios libró de semejante prueba á Australia. Santos sacerdotes velaron sobre la cuna de la cristiandad naciente, la bendijeron y protegieron. Y á medida que el recién nacido se desarrollaba, nuevos auxilios sobrevinieron á sus cada vez más crecientes exigencias. ¿Con

El Ilmo. Gallagher, en su discurso de apertura del Sínodo, las saludó con entusiastas palabras, que reproducimos con gratitud:

«Apenas hay una Orden en la Iglesia que no esté aquí representada. San Benito hállese en medio de nosotros, para recordarnos los prolongados siglos durante los cuales enseñó, trabajó, oró é hizo florecer el desierto de las almas y del suelo. Los hijos del profeta Elías y de San Agustín, herederos de un pasado ilustre, encuéntranse aquí para tributar testimonio, á la faz de un siglo increíble, á las glorias inmortales del sacrificio, de la penitencia y la oración. San Ignacio también está con nosotros, haciendo revivir en este nuevo mundo el celo, la ciencia y la fecundidad que en el an-



AUSTRALIA.—Universidad católica de San Juan en Sydney. (Pág. 324)

qué rapidez no tuvo que propagarse el clero, para constituir en medio siglo una jerarquía de veintidós Arzobispos y Obispos, rodeados de un millar de sacerdotes?

El clero secular sigue dignamente las huellas de sus antecesores. Por la piedad, el celo y la ciencia, sostiene la comparación con sus émulo de Europa. Esto no asombrará á nadie que recuerde que la mayor parte de los sacerdotes fueron educados en los Seminarios de Roma ó Irlanda, donde el nivel de la educación ha sido siempre trascendental.

Un Episcopado que cuenta entre sus filas hombres como el cardenal Moran; los arzobispos Carr, de Melbourne, y O'Reilly, de Adelaida, nada tiene que envidiar á la vieja Europa.

Las Ordenes religiosas acudieron pronto á prestar su concurso en Australia al clero secular.

tiguo han alcanzado tan gloriosos triunfos sobre el enemigo del género humano. San Vicente de Paúl, con su ternura y su abnegación perpetuadas por las Hermanas de la Caridad, nos predica el amor y la misericordia, y á su lado el R. Olier impide demos al olvido nuestra indigencia y fragilidad. San Alfonso de Liguorio está aquí para advertirnos que no hay momento que perder en el trabajo emprendido para la gloria de Dios y la salvación de las almas; y San Francisco de Asís le sigue para demostrar con sus ejemplos y enseñanzas que el camino seguro para llegar al corazón de los pobres es la santa pobreza. Hállase aquí San Pablo de la Cruz, que el Padre Santo considera como uno de los principales instrumentos de que se servirá el Señor para apresurar la reunión del universo anglo-sajón al verdadero rebaño, mientras que tres de las más jóve-

nes Familias religiosas dedicadas al apostolado, los Maristas, los Oblatos de María y los Padres del Sagrado Corazón, en el vigor y la frescura de la juventud, rivalizan en afecto por la Australia, y en entusiasmo por la propagación de la fe en las islas del Océano.»

Francia ha sido la bienhechora de todas las diócesis australianas. Como si fuese poco á la caridad francesa dar su oro, se entrega á sí, y se inmola y prodiga lo mejor de su sangre.

En cien puntos del territorio australiano, Congregaciones francesas de Religiosos y Hermanas, por la enseñanza en las escuelas y los pensionados, por la abnegación en la asistencia á los pobres y los enfermos, por la predicación y el ministerio, trabajan en sostener y ensanchar el edificio de la fe católica.

En la sola ciudad de Sydney los Padres Maristas, universalmente estimados, sirven tres importantes parroquias.

Los Hermanitos de María tienen un colegio que es el más grandioso establecimiento de este género de toda Australia. (*V. el grabado de la pág. 324*). Las Damas del Sagrado Corazón, en el espléndido pensionado de Rosa-Bay, forman á las señoritas más distinguidas de Sydney para todos los deberes de la piedad cristiana, la cultura más esmerada del espíritu y del corazón, y la perfecta distinción de maneras. Las Hermanitas de los Pobres se han captado la admiración de todos por el heroico celo con que sirven á los ancianos, y las Hijas del Carmelo hacen guardia de honor á Aquel de quien proceden todas las bendiciones que fecundan los trabajos del hombre.

No puedo omitir aquí que los misioneros del Sagrado Corazón cuidan las dos vastas parroquias de Rendwick (*V. el grabado, pág. 321*) y de Batany, y que á su lado las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón dispensan la enseñanza primaria á los párvulos católicos.

Indicaré una tercera razón de los progresos del Catolicismo en Australia.

A los treinta primeros años de persecución, insensiblemente ha sucedido un régimen muy distinto. Hoy goza la Iglesia plena libertad, sin que contrarie su acción ninguna ley ni cortapisa de ningún género. El culto divino, la predicación, la vida religiosa, el reclutamiento sacerdotal no encuentran obstáculos ni barreras. Las costumbres públicas no tolerarían y el espíritu público no comprenderían que quisiese violentarse á la Religión y las conciencias. Como decía un elocuente orador de Sydney: «La esfera de actividad de los sacerdotes católicos no tiene otros límites que los de su celo, y nada les impide llevar á feliz término todas las empresas que puede inspirarles su santa ambición.»

No solamente la Iglesia encuentra aquí la equidad y la imparcialidad, sino que es objeto de la estima, simpatía y deferencia universales.

Los *leaders* de los católicos de Sydney aprovecharon la presencia en esta ciudad del Episcopado australiano para organizar una reunión grandiosa, eligiendo al efecto el vasto y magnífico salón de la Casa consistorial. (*V. el grabado de la pág. 324*). Allí debía encontrarse la jerarquía católica con todos los personajes

de distinción; y la concurrencia fué tal, que excedió á cuanto Sydney había visto hasta entonces.

Lord Hampden, el nuevo virrey, llegado hacía solamente una semana, fué el primero de los visitantes. Tras él desfilaron todos los representantes de los poderes públicos; el presidente del Consejo con todos los ministros; el presidente y los miembros del Parlamento; los jefes del ejército y del almirantazgo; los dignatarios de la magistratura y de la enseñanza oficial; lo más distinguido de la ciudad sin distinción de creencias, y aun prelados de la Iglesia anglicana, y hasta el gran rabino.

El brillo de esta asamblea fué incomparable. Dios bendecirá un país donde su Iglesia recibe pruebas tan manifestas de respeto y simpatía.

Pocos días después de esta reunión imponente, el 3 de Diciembre, verificóse la distribución de premios en el gran colegio de los Padres Jesuitas. Al lado del Cardenal y los Obispos vióse á S. E. el lord Virrey, el primer Ministro y otras eminencias políticas. Su excelencia, en un discurso inspirado en los más elevados sentimientos, pronunció nobles y sinceras palabras. He aquí un extracto de este discurso:

«Era ciertamente un deber, y añadido que era sobre todo una verdadera satisfacción, venir aquí á dar testimonio del interés que me inspira este grande Instituto de educación abierto á la juventud por la Iglesia católica romana. No ignoro los esfuerzos que se han hecho para tener este establecimiento al nivel de las exigencias cada vez más numerosas de la enseñanza en Australia. Me es particularmente grato atestiguar que se propone como objeto formar hombres profundamente religiosos y de un elevado carácter moral. Gózome viendo el singular aprecio en que tiene el público este colegio de los Padres Jesuitas, y pláceme encontrar aquí, no sólo á S. Ema. el Cardenal, sino también gran número de Obispos y dignatarios, de ciudadanos influyentes del país, de hombres notables en todos los ramos del saber y de las letras.»

La Iglesia que nació y se ha propagado en medio de las persecuciones, ¿qué otra quiere para prosperar sino la libertad, el pleno uso de sus derechos y el pleno ejercicio de sus poderes?

Desde el punto de vista numérico, ninguno de los cultos disidentes puede sostener la comparación con la comunidad católica. La diferencia es todavía más grande en lo que respecta á la organización, la vida interior, y la acción moralizadora y bienhechora.

La misma Alta Iglesia, el establecimiento oficial de Inglaterra, está fuera de combate; carece del prestigio que posee en la Gran Bretaña.

En Australia son muy distintas las condiciones. El Estado hace profesión de no tener preferencia alguna por ningún culto. Reducida á sí misma, hace importantes esfuerzos para retener en el redil el rebaño que se dispersa. Planta lánguida y enferma, va extinguiéndose, mientras que á su lado se levanta como árbol inmortal nuestra santa Iglesia católica, única que tiene las promesas de vida. Por su prodigiosa longevidad,

obliga al respeto, y por su vitalidad vigorosa desafía los ataques de sus enemigos y ofrece un abrigo tutelar, seguro, inviolable, no sólo á sus hijos, sino al género humano entero, siempre y en todas partes hambriento de la verdad absoluta, que es Dios.

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y S. CORAZÓN DE MARÍA
MISIONERO EN GABÓN

Mientras se aguarda una relación prometida por el Ilmo. Le Roy, el eminente Vicario apostólico de Gabón envía el siguiente relato, escrito por uno de sus misioneros con viveza de imaginación y forma pintoresca, que complacerá sin duda á nuestros lectores.

BREVES PRELIMINARES

UN pauhino del río Monda hace ya algún tiempo vino presuroso á la Misión de Santa María, pidiendo que un Padre fuese á bautizar á su hijo enfermo. Era ya tarde, el río distaba una jornada buena de la Misión, el caso no urgía absolutamente, y además se hacía imposible arrostrar el mar á aquella hora. Había que esperar á la mañana siguiente. Al anocheecer, agrupados en torno del Ilmo. Le Roy, hablábamos de diferentes asuntos, cuando el venerable Prelado dirigiéndose á mí me dijo:

—Quizá sería conveniente que al satisfacer la petición que acaba de hacérsenos, recorrieseis los ríos y reclutaseis algunos aprendices: ¿qué os parece?

Por mi parte, como es de presumir, acepté con entusiasmo la propuesta, y concertóse la partida.

—¿Para qué, diréis, reclutar aprendices? ¿Qué queréis hacer con ellos?

¡Oh! una cosa muy sencilla... en el papel. Trátase de tomar un salvaje, inculto siempre, á menudo antropófago, y después de debastarle hacer de él un buen cristiano. Esto es todo; pero... ¡es tarea larga!

¿Qué es esta Obra de los aprendices? Permitidme que os lo explique en breves palabras.

En Santa María de Librevilla, estación principal de nuestro vicariato de Gabón y residencia de nuestro querido y venerado Obispo, estableció en otro tiempo el Ilmo. Bessieux, de santa memoria, y prospera hoy día, una Obra importante destinada á hacer más tarde, como esperamos, un bien inmenso en el país: es la Obra de los aprendices, ó mejor, si os place, la Escuela profesional de Santa María de Gabón.

¿En qué consiste?

Helo aquí:

Cuando S. I. ó un Padre se dirigen á las numerosas aldeas de los alrededores de la Misión, después de hablar de Dios y de convertir á los viejos y viejas no endurecidos, escogen los jovencitos más inteligentes y vivarachos, y les proponen que vengán á la Misión, lo que generalmente aceptan. En cinco minutos la madre le prepara su hatillo, que se reduce á un tonelete; el padre quiere proveerle de algo sólido, y le entrega algunos plátanos y yucas.

Al llegar á la Misión, el nuevo aprendiz encuentra ciento veinte ó ciento treinta camaradas que le dispensan buena acogida. Fuman la pipa juntos, y entre bocanadas de acre humo se cimenta una amistad nueva.

Transcurrido un año, después de asistir todos los días una hora á la enseñanza del Catecismo, el nuevo adepto puede ser regenerado con el agua de salud.

Al cabo de otro año hace su primera Comunión, y al tercero cede comúnmente su lugar á otro, y vuelve á la aldea. Si es muy inteligente y se porta bien, quédase más tiempo con nosotros, y se le enseña un oficio. Será zapatero ó albañil, cocinero ó herrero, panadero, ebanista, carpintero ó sastre: poco importa; esto depende del gusto de cada cual.

Luego, con su sencillez, pero sólido bagaje de instrucción, van á instruir á sus hermanos, á esparcir la Buena Nueva, y más tarde se casan, y son tronco de buenos y fervorosos cristianos.

Así es como el misionero, fiel á su divisa, trabaja aquí á la sombra de la cruz. Su vida es tal vez monótona: no le hace, trabaja sin desfallecimiento, cuando ve en esas almas incultas germinar el amor de Jesús, su corazón se dilata y está satisfecho de su obra.

I

En piragua

Lo anteriormente manifestado explica por qué en los primeros días de este año, á las ocho de la mañana, con 35 grados á la sombra, puse el pie en nuestra bonita y ligera piragua el «San Juan Bautista.»

El R. P. Monnier, «párroco» de Librevilla, antiguo misionero de Gabón, infatigable andador y navegante intrépido, tuvo la complacencia de acompañarme.

¿Queréis que os presente nuestros muchachos? En alto la pagaya, apréstanse á competir en ardor y ligereza.

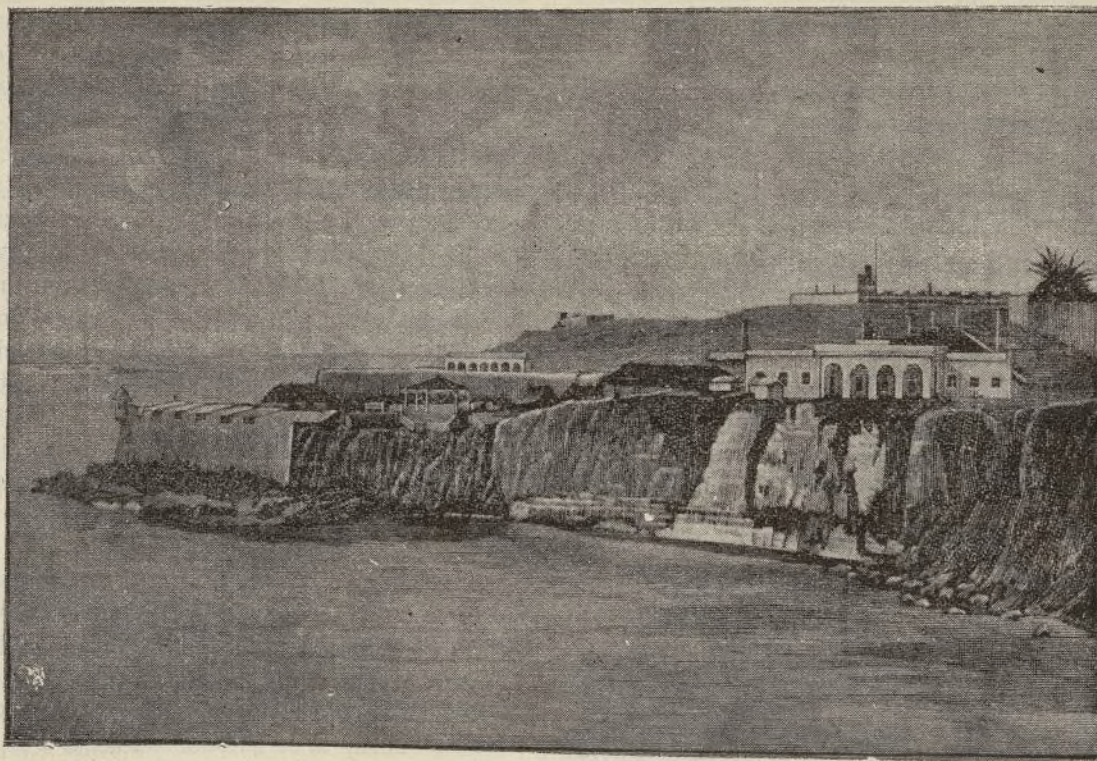
El primero es Juan Bautista, promovido á la dignidad de piloto y de cocinero en jefe, á causa de ser el único muchacho que sabe escamar los peces y freir bien ó mal un ave. Además, como tiene suelta la lengua, en más de una población le encargaremos la interpretación de nuestros discursos y de explicar á fondo la doctrina cristiana. Justicia es reconocer que lo hace bien, y que casi nunca tiene que reconvenirsele.

A su lado Rafael, su digno émulo, guiñando el ojo y retorciendo la nariz, escucha con atención, y traduce pronto y bien lo que se le dice.

Sigue Julián, nuestro *factotum*, siempre servicial, siempre de buen humor y generoso. Remero infatigable, anima con su gracejo á toda la banda.

He aquí Alberto, muy joven todavía, y cuya conmovedora historia os referiré más adelante. Es el galopín encargado en cada campamento de ir por agua, prestar otros mil menudos servicios y lavar los platos. Esta última parte, sobre todo, la desempeña perfectamente... con la lengua.

Más lejos está Juan Buenhombre, Juan el Pacífico, Juan el Grande. De sus servicios no diré una palabra, pues... nunca hace gran cosa. Luego, nombrando á Bernardo y Mauro, habré concluido. Para pintar á estos



ENTRADA DEL PUERTO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

últimos bástame decir que cuando llegamos á alguna parte tenemos la seguridad de no verlos... hasta la hora de comer.

Vamos, desplegad las velas: atención al gobernalle, y ¡adelante la galera! Al esfuerzo de la brisa, que sopla fresca por detrás, hínchase nuestra vela. Semejante á un generoso corcel, la piragua se inclina, hendiendo ligera el agua que blanquea y las espumosas ondas. ¡Ea, mar adentro!

Nos dirigimos con todas las velas desplegadas hacia la punta Santa Clara, rebasando Agnondo, teatro de las hazañas evangélicas del P. Delorme, nuestro decano. ¡Treinta años en Gabón! ¡Y luego se dirá que el clima es mortal!

Bajo los bosquecillos que bordan el mar vense algunas chozas miserables, ahumados pajizos pronto á caer al menor soplo del tornado. Son lo que en lengua del país se llaman *mpindis*.

Desígnanse aquí con este nombre los huertos de plátanos, yucas y otros cultivos á que se dedican los indígenas. En el bosque, en los sitios que han desbrozado, generalmente los *mpindis* son hechos y cuidados por los esclavos, que viven así del producto de su trabajo, compartiéndolo con sus amos. Esto, por lo demás, es todo lo que estos últimos exigen de ellos. En este país la esclavitud es tan suave, que los niños esclavos, una vez libertados, vuelven á casa de sus antiguos amos. Preciso es reconocer, sin embargo, que generalmente se embrutece á los esclavos desde la infancia: según unos esto es resultado del atavismo, de la influencia de los progenitores; otros pretenden que es debido á un breva especial que se les hace tomar. Quizá sean ciertas ambas opiniones.

Rebasamos, pues, los *mpindis* de Renamy. ¡Dirigid

la popa hacia tierra, remad de firme y cargad la vela, pues tenemos que abordar!

Profundamente recortado, surcado por arroyos, riachuelos y lagunas, Gabón ofrece por todas partes vías fáciles de comunicación, canales naturales, que le atraviesan y cruzan en todos sentidos.

Para ir al Muny ó al estuario de Monda, el camino natural parece sería ir costeando hasta doblar la punta Santa Clara y el cabo Esterias; luego, saliendo del estuario del Gabón, bordear á lo largo de la costa durante largos días. Si se consideran los peligros de los bancos de arena, de los escollos, numerosos por todas partes en el mar, que no siempre está tranquilo, compréndese fácilmente que no siempre sería esto cómodo ni fácil.

Por suerte la Providencia nos depara un camino mucho más fácil y breve. Un sendero, que pasa mitad entre el bosque y mitad á través de la llanura, parte de la laguna de Nkogon y desemboca frente de la isleta de Nendé, en el estuario de Monda.

Aquí no hay que temer bancos ni escollos.

Abordamos, y lo desembarcamos todo.

¡Animo, y adelante! ¡La piragua es pesada, pero somos vigorosos! trátase de izarla por tierra hasta la laguna: no es pequeño el trabajo. ¡Hurra! la piragua anda. Pónese delante un rodillo, y se desliza. ¡Bravo! Se ha ganado todo el largo de ella. Vuelve á colocarse el rodillo, impúlsase de nuevo, y la piragua adelanta constantemente.

Estamos en el bosque, y todavía tenemos que andar doscientos metros. Interpónese un riachuelo, y echamos la piragua al agua, pero hay que volver á subirla á la orilla opuesta. ¡Labor durísima! Los músculos se entumecen y los nervios se ponen rígidos. ¡No importa, es preciso izar! los pechos están jadeantes y se suda la

gota gorda; el cuerpo se quebranta. Un esfuerzo, y el obstáculo queda salvado. En adelante, todo será cosa de juego.

Llegamos á la llanura. Truécase el sistema: han desaparecido las dificultades: no hay más que arena y poca hierba. La piragua se desliza, hollando las altas hierbas; luego parte de un solo golpe, franqueando la rápida pendiente. La parte delantera sumérgese en el agua, que se parte en olas de espuma, y vuelve á levantarse con gallardía. Nuestro navío está á flote. ¡Bravo! «¡Magnífica operación, bien dirigida, perfectamente llevada á cabo!» y mientras recíprocamente nos dirigimos esta alabanza, nos enjugamos con fuerza el sudor de la frente: ¡motivos había para ello! Si á lo menos el sol hubiese velado su cara... No nos abrasó más sin embargo, pues la tempestad, que de mucho tiempo amenazaba, extendió súbitamente su negro manto y generosamente... descargó sobre nosotros un chaparrón soberbio.

PRIMERA COMUNIÓN EN EL MAR

RELATO DE UN SACERDOTE

Han pasado ya doce años desde el tiempo en que tuvo lugar esta historia: el P. José, sacerdote marista, evangelizaba por aquel entonces la isla Levuka, situada en la Oceanía.

Los incesantes trabajos de un largo apostolado, las fatigas de aquella lucha, cuyo fin único era salvar almas, habían surcado su rostro con huellas profundas y logrado inclinar hacia tierra su robusto cuerpo.

Una tarde regresaba con fatigado paso á su pobre vivienda, de un largo y penoso viaje á través de la isla, cuando hirió sus oídos el eco de sentido llanto. Inquieto y sorprendido dirigió el Padre sus pasos ha-

cia donde oíase el llanto, y vió sentado al pie de un plátano, medio desnudo y escondida la cabeza entre sus manos, un pobre niño de diez á doce años, que lloraba á lágrima viva.

—¿Qué tienes? preguntó el Padre lleno de compasión, ¿por qué lloras?

—Mi madre se ha ido á la casa del Gran Espíritu, gimió la infeliz criatura, mi madre ha muerto.

—¿Y tu padre?

—Ha muerto también, y yo moriré muy pronto, pues Samoa no tiene nadie en este mundo.

Y el niño seguía llorando sin atreverse casi á fijar en su interlocutor su tímida mirada.

El P. José levantó al cielo sus ojos humedecidos por las lágrimas, y pidió consejo al Señor. Después, fijándolos en el huérfano, dijo:

—Samoa, ¿quieres venir conmigo? te amaré como te amaba tu madre, y aprenderás á conocer al verdadero Dios.

Admirado al oír este lenguaje lleno de dulzura, sorprendido al ver que no se le maltrataba, el niño secó sus lágrimas y siguió al sacerdote.

El misionero pronto amó con singular afecto al tierno hijo de la Oceanía. Abrióle los tesoros que encerraba su corazón lleno de ardiente caridad; el niño á su vez sentía hacia su salvador la más profunda amistad, la amistad que sienten los desheredados de la tierra hacia aquellos que les aman con verdadero amor. Caía la tarde, y en la humilde vivienda el P. José instruía á Samoa, quien extasiado oía la palabra sagrada. ¡Dios le amaba! ¡le protegía! ¡En el cielo tenía una Madre muy poderosa, muy rica! Estas enseñanzas, para él tan consoladoras como nuevas, eran para su inocente alma continuo objeto de admiración.

La instrucción del joven neófito adelantaba. Ya el agua santa había mojado su frente. Pronto podría recibir por vez primera la Sagrada Comunión.



VIDA DE LOS INDIOS TAGALOS EN LOS ALREDEDORES DE MANILA

Pero un día, al regresar de penoso viaje al interior de la isla, el P. José sintióse atacado por fuerte fiebre. Acurrucado cerca la estera donde yacía su único protector, lloraba el pobre Samoa: atento á los menores movimientos del enfermo, permaneció largas horas á los piés de su lecho, rogando á la piadosa Madre del cielo que salvara á su amigo.

El misionero no murió, pero en pocos días envejeció largos años. Débil, tembloroso, sin fuerzas, vióse obligado, con todo el pesar de su corazón, á renunciar al apostolado.

Un joven, hermano suyo en Religión, fué designado para continuar su obra, y el regreso á la patria quedó resuelto. Pero ¿y Samoa? ¿Dejaríalo en Oceanía? posible era que la tristeza de la separación le causara la muerte. ¿Lo llevaría á Francia? El Padre carecía de bienes de fortuna: ¿quién se encargaría del pequeño huérfano?

—Vendrá conmigo, dijo después de no poco dudar el misionero; entre las gentes de mi país no faltan almas generosas; Dios proveerá.

Algunas semanas después un sacerdote de blancos cabellos, demacrado rostro, encorvado talle, temblando al influjo de la fiebre, subía acompañado por tierno niño á bordo del *Saint-Colomban*, navío pronto á emprender su viaje en dirección al Havre. Dió el capitán la última señal, y las velas, cual alas de ave marina, fueron izadas, y pronto al influjo de suave brisa empezó á deslizarse majestuosa entre olas azules la altiva embarcación. De pie en la cubierta del buque veíase el misionero, y á su lado el joven hijo de la Oceanía: el viejo mirando la tierra hizo la señal de la cruz y enjugó sus húmedos ojos; el niño batía palmas alborozado. El primero, separado para siempre jamás de una tierra donde había visto deslizarse veinte años de su vida consagrados por completo á su Dios, y donde dejaba sus recuerdos más vivos, sus afectos más tiernos, tierra á donde le trajo la vocación santa, á cuyo impulso y desde sus primeros años latía alborozado con ingenuo goce su corazón. Para el segundo el viaje presentábase lleno de encantos, de ilusiones, de novedad, y al final de él veía la realización de su esperanza suprema, de su dicha mejor, veía lleno de sol y belleza el día más feliz de su vida, el día de su primera Comunión; día en que preparado su pecho con todas las virtudes que supiese atesorar, formando bello ramillete de las más puras y olorosas flores que nacían en los frondosos valles de su patria, vería entrar y reposar entre ellas al Criador de cielos y tierra, al Criador del mar, al Dios que se esconde en la blanca hostia.

La primera mitad del viaje fué magnífico. El *Saint-Colomban* deslizábase cual blanca gaviota. El mar estaba tranquilo y el cielo azul.

Un viejo marino del país de Armor, Ivon Le Braz, hombre cristiano y valiente, amó con singular afecto al niño; éste, que temió al ver el bronceado cutis y oír la ruda voz de marino, acabó por acostumbrarse á ello, y tratándolo con frecuencia vinieron á ser muy buenos amigos. Cuando las faenas del buque dejaban un rato libre al marino, sentábanse uno al lado del otro sobre grandes rollos de cuerda. El viejo contaba, con voz unas veces majestuosa, otras grave y solemne, y otras tris-

te y llena de melancolía y misterios, largos y variados relatos. Contaba las glorias de Santa Ana, que muchas veces ha salvado á los marinos en los riesgos de la mar, la encantadora y poética leyenda de Saint-Guenolé, y las leyendas tiernas y melancólicas que á la caída de las tardes de invierno murmuran los viejos bretones sentados al rededor de sus negras y humeantes chimeneas.

El niño abría sus tímidos ojos al oír el relato de tantas maravillas, y tomaba parte en la conversación, siendo escuchado con vivo interés por el marino, quien varias veces exclamaba conmovido:

—Tú, pequeño grumete, decíale golpeando suavemente con sus callosas manos las mejillas del niño; tú, pequeño grumete, serás un grande, un célebre marinero de Dios, y navegarás desplegadas las velas todas y henchidas por el más favorable viento hacia la patria verdadera, hacia el cielo.

La travesía continuaba siendo feliz, cuando una mañana el cielo cubrióse de repente con negro y amenazador nublado; una que otra ráfaga de fuerte viento silbó entre el velamen y cordaje del barco, pocas y gruesas gotas cayeron sobre cubierta y sobre las olas del mar, que empezaban á mugir cual recordando su poder y grandeza, que adormecidas por suave brisa llegaron á olvidar, y de súbito la tempestad se desencadenó furiosa, horrible. Sacudido cual leve paja por las rugientes olas el *Saint-Colomban*, crugía cual si lanzara profundos gemidos de dolor. Al medio día calmó algo el viento; pero el buque, desmantelado, sin gobierno, arrebatada por un golpe de mar una de las barcas que para el salvamento tenía, quedaba á voluntad de las olas. Sin embargo, el peligro al parecer había desaparecido. Cuando la mar hubiese recobrado la perdida calma, el carpintero de bordo repararía las averías todas, y podrían continuar la travesía; el único perjuicio serían algunos días de retardo. Pero Dios permitió sucediese de modo muy distinto. La esperanza había renacido en los corazones, cuando de súbito oyeron un horrible crugido. El navío acababa de chocar y el agua entraba por enorme vía.

Las barcas á la mar, mandó el capitán, y al instante las dos chalupas que se habían salvado del temporal fueron arrojadas al agua. Entonces prodújose una escena indescriptible. No había sitio para todos: oído esto, los marineros, llenos de terror viendo á la muerte cerner sobre ellos sus negras alas, lanzáronse al asalto de las embarcaciones. El P. José y Samoa fueron rechazados violentamente. «Los marinos primero, gritaban, los marinos primero.» En vano el capitán se interpone. Su voz no fué obedecida. «¡Los marinos primero! los demás después si queda sitio!» seguían gritando con furor que parecía locura.

Algunos segundos después las dos pequeñas embarcaciones se alejaron á fuerza de remos. Sobre el puente del *Saint-Colomban* restaban el capitán, Ivon Le Braz, algunos marineros, el P. José y Samoa.

—Capitán, preguntó el sacerdote, que guardaba encerradas sobre su pecho las Sagradas Especies, ¿cuánto tiempo nos queda de vida?

—Si Dios no hace un milagro, dentro veinte minutos habrá desaparecido el *Saint-Colomban*. Padre, nada más os resta que darnos á todos la absolución.

—Gracias, Dios mío, pues tengo tiempo aún, murmuró el anciano sacerdote.

Y luego, volviendo su cabeza hacia Samoa, díjole:

—Hijo mío, vamos á morir. ¿Quieres antes recibir al Divino Jesús?

—¡Ah! Sí, Padre, sí. ¡Qué felicidad, Dios mío!

Y el niño cayó de rodillas: estaba transfigurado. Un rayo de inefable alegría brillaba en sus ojos. La muerte no le preocupaba ya: iba por fin á tener la dicha por cuya consecución hacía tanto tiempo suspiraba. Iba á recibir dentro su pecho á su divino, eterno Rey.

—Ruega, pues, Samoa, dijo conmovido hasta derramar lágrimas el buen sacerdote, ruega á nuestro Padre que está en los cielos, ruega á la misericordiosa Madre, que tienes en el cielo también, pues vas á recibir á su Divino Hijo.

—Vosotros, amigos míos, hermanos míos, añadió dirigiéndose á los marineros, rogad por él, rogad por vosotros y pensad en Dios!

Los marineros se habían arrodillado.

—Padre, dadnos la absolución, dijo el capitán, para que nos sea más dulce el morir.

Y el perdón del Dios de majestad augusta y de justicia y misericordia infinitas, descendió sobre las almas de los hombres arrodillados.

El agua continuaba subiendo.

Al lado de Samoa, Ivon Le Braz, dobladas sus fuertes rodillas, dirigía ferviente plegaria: su cara, curtida por las brisas del mar, surcada por gruesas lágrimas, respiraba dulce calma y santa paz.

El niño parecía sumido en éxtasis profundo. Iba á morir henchido su corazón de hermosa, vivísima alegría.

El sacerdote restaba absorto en muda plegaria.

—¡Padre mío, murmuró el capitán, apresuraos, dentro diez minutos todos habremos muerto!

El P. José aproximóse á Samoa y le presentó la Hostia Santa. Sobre la desmantelada cubierta del buque que se hundía, entre los fieros rugidos del airado y feroz Océano, repercutió grave, majestuosa, solemne, la voz del anciano sacerdote, que decía:

Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam eternam.

El sublime misterio de amor se ha realizado. El corazón del niño palpita unido al Corazón de Jesús. ¡Señor tres veces Santo! ¡con cuánto amor debíais fijar vuestros misericordiosos ojos en este tierno niño que acababa de recibirlos. ¡Cómo debíais henchir su corazón de la dulzura sublime que comunicáis á las almas de los que os reciben con verdadero y santo amor!... ¡Comunión inefable, cuya acción de gracias terminaría en el cielo! Acto sublime que por altar tuvo la cubierta de un buque naufrago y por iglesia la inmensidad.

El agua llegaba ya sobre el puente. Los marineros hicieron la señal de la cruz, la mano del sacerdote trazóla en el aire bendiciendo, y el *Saint-Colomban* desapareció bajo las olas.

El sacerdote ha recibido la corona, el niño está cerca de su amado Jesús.

De todos los actores de ese drama, continuó el sacerdote, sólo el capitán sobrevivió. Los otros perecieron, y en vano buscaríais sus sepulcros. El capitán, sal-

vado por un crucero inglés, hízose sacerdote, y este sacerdote, amigos míos, soy yo.

El narrador calló. Religioso silencio reinó en el antiguo salón, iluminado por la indecisa luz de mortecinas lámparas. Los corazones todos sentíanse conmovidos. A la par una oleada de recuerdos queridos afluyó á su memoria: acordábanse del día lejano, muy lejano ya, en que primera vez estrecharon á por su Dios contra su corazón, y mal contenidas lágrimas brillaban en sus ojos.

¡Felices los que lloran al recordar su primera Comunión!

MISIONEROS Y MISIONEROS

EL Sr. Francisco Tain, americano, simpatizaba cuando niño con los *pobres misioneros protestantes*, que pasaban *tantisimos trabajos* en convertir á los paganos, según se decía en las escuelas dominicales de la Nueva Inglaterra. Mas cuando llegó á ser hombre é hizo una visita al Celeste Imperio, se vió obligado á modificar sus opiniones tocante á esa *pobreza* y á esos *trabajos* de los misioneros sus correligionarios, y ved ahí cómo cuenta sus impresiones en un escrito que leyó en Cincinnati, Ohio:

«Una corta jornada me condujo á la vivienda del misionero protestante. Una calle de frondosos árboles, limpia y elegantemente conservada, precede á la casa, cuya puerta tiene para llamar un ancho botón de plata. Me detuve á contemplar aquel botón, y ¿qué pensáis que creí ver? Pues me imaginé que estaba formando con las monedas de veinticinco centavos que yo había dado, cuando niño, para las Misiones. Poco después hice sonar el timbre, y fui recibido por un lacayo inglés, muy bien vestido, afeitado y empolvado, quien me preguntó con aire arrogante qué era lo que quería. Díjele que deseaba hablar, si era posible, al reverendo misionero. Me contestó que su amo no había salido todavía del tocador, pero que sin tardar estaría á mi disposición. Hízome entrar en la sala de espera, tomó mi tarjeta y se retiró.

«Durante su ausencia, tuve ocasión de admirar la suntuosidad de aquellas habitaciones. Todo lo que el arte moderno ha inventado para hacer confortable una casa y al mismo tiempo agradable y bella, estaba allí reunido. Las macizas puertas, las ricas alfombras, los espejos, el conjunto del mueblaje, me hacían suponer que me hallaba en uno de los palacios de la plaza de Grosvenor, y no en la morada de un misionero en la costa salvaje de la China.

«Pasado un cuarto de hora oí lentos pasos en la escalera, y vi bajar un *gentleman* gordo y robusto, vestido con una rica bata y con chinelas; traía en brazos un niño muy guapo. Después de un gracioso saludo me rogó que entrase en el salón. Este se hallaba lujosamente amueblado, y en medio había una gran mesa, encima de la cual se veía una Biblia dorada. Puso al niño sobre la mesa, y empezó á reírse con sus gracias y gritos; de lo que yo saqué en consecuencia que la Biblia y los nenes no debían hacerse muy buenas mi-

gas. Parecióme el *gentleman* muy fino, de conversación amena y muy enterado de las noticias del día. Me dijo que rara vez iba al interior, y que esta encargado de una Misión y de una iglesia á siete millas de distancia: su principal ocupación consistía en distribuir Biblias y tratados en todas direcciones. Me enseñó un cuarto lleno de paquetes de literatura sagrada. Propúsele mi pensamiento de hacer una excursión por aquel país, y se apresuró á ofrecerme su caballo y un guía, rogándome que á la vuelta le acompañase á su *lunch*, lo que acepté desde luego.



UN MONUMENTO DE LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO. (Pág. 335)

«A medida que se pierde de vista la costa, cambia de aspecto la comarca: el terreno es duro, seco, resquebrajado, y nubes de arena fina ciegan al viajero. Más de tres millas habríamos recorrido, y ya pensaba en dar la vuelta, cuando distinguí á distancia de un cuarto de milla una figura que se movía, único ser viviente que había encontrado desde la salida de la casa del misionero. Acerquéme, y vi que era un hombre que llevaba del ronzal un borriquillo enganchado á un carro con una carga pesada: parecía que aquel hombre tiraba del asno y del carro.

«Me movió la curiosidad á esperar la llegada de aquel viajero del desierto, y cuando se aproximó, me conven-

cí de que no era un natural del país, sino un infeliz europeo, que pasaría una vida tan dura, acaso traficando con algunas mercancías entre los indígenas de aquella tierra inhospitalaria. Era de elevada estatura, delgado, de cabellera y barba bastante largas; vestía un traje de tela tosca, sujeto á la cintura con una cuerda. Le saludé humildemente en francés, y me contestó en la misma lengua. Me informé del punto á donde se dirigía, y me señaló un punto opuesto al de la costa. En el carro llevaba vestidos viejos, algunas botellas y una cesta llena de frutas.

«—Amigo mío, le dije, V. sin duda abrazó por vocación el oficio de porteador. ¿Cómo van los negocios en este triste país?

«—Se equivoca V., me respondió; soy un médico, y me encamino á una *casa de salud* que poseo á corta distancia de aquí.

«—Perdone V. si en nombre de la razón le pregunto quién ha podido aconsejar á una persona de su profesión á salir de Europa y venir á estas regiones á practicar la medicina.

«Conocí que se ruborizaba cuando observé la emoción que mis palabras habían producido en el semblante de aquel anciano, y pensé si habrían tocado alguna cuerda sensible ó recordado algún gran pesar que hubiera querido tener olvidado. Pero recobrando pronto su serenidad, me dijo con aire risueño:

«—Soy médico, y tengo alguna habilidad para aplicar las raíces, las hierbas y las pociones calmantes que curan las enfermedades humanas; sin embargo, mi principal cuidado es curar las almas. Estoy aquí por mandato de mi Divino Maestro, para instruir en la fe de Jesucristo á estos desgraciados infieles; soy sacerdote católico, y cumplo mi misión lo mejor que puedo.

«Y diciendo esto, sacó de su pecho un crucifijo, que besó devotamente. Declaróme que había adquirido un conocimiento perfecto de la lengua

china, y que se hallaba en aquella Misión hacía quince años. Había estudiado las propiedades medicinales de las plantas, y podía curar varias enfermedades de carácter poco maligno: por este medio se había ganado la gratitud y aprecio de aquellos indígenas, había obrado cierto número de conversiones á cuatro millas de allí, y había levantado una iglesia, una escuela y un hospital en que sostenía y trataba á los enfermos.

«—¿Y está V. contento con ese género de vida? le pregunté. Lejos de su patria, sin sociedad, sin amigos, sin disfrutar de ninguno de los placeres del mundo; ciertamente que lo que V. hace es muy superior á las fuerzas humanas.

«—Pues sepa, amigo mío, replicó el misionero, que soy tan feliz como puede serlo el hombre en este mundo. Vivo en las divinas contemplaciones, y procuro seguir las huellas de mi amado Maestro y Señor. Mi mayor ambición es conducir al conocimiento de la verdadera fe á los miserables habitantes del desierto, haciendo de ellos hijos y discípulos de Cristo; y si en el curso de mi existencia alcanzo la corona del martirio, la recibiré con alegría. Pero dispénsese, le ruego, y no me detenga, porque estarán aguardando mi llegada muchos pobres; reciba por despedida mi bendición.

«Mi compañero y yo inclinamos instintivamente la cabeza para recibir la bendición de aquel buen anciano. Sus ojos llenos de dulzura, su rostro pálido y extenuado, su traje raído por el uso, sus sandalias en muy mal estado para preservarle de los guijarros y de la arena, aquella amabilidad de modales, aquella noble y sublime expresión de sentimientos, todo infundió en mí el convencimiento de que es preciso admitir algo divino en una Religión que inflama los corazones de tal celo y ardor, y enseña semejante abnegación y heroísmo.

«Envié una atenta nota á mi amigo el misionero protestante, excusándome de no poder aceptar su *lunch*, y en tanto que me encaminaba hacia mi barco, pronto á levar el ancla, fui pensando que si fuese todavía niño, como cuando estaba en Massachusetts, y pudiese ahorrar veinticinco centavos todas las semanas, ya sabría á qué clase de misioneros había de dárselos.»

CRÓNICA

Francia.—En la última sesión de la Academia Geográfica de París, presidida por Mr. Le Myre de Vilers, tres obispos Oblatos de María Inmaculada, Ilmos. Langeoni, Grouard y Legal, hablaron del Canadá.

En brillante improvisación el Presidente recordó las obras de los misioneros, precursores no pocas veces de los exploradores, y á los cuales prestan digna y valiosa cooperación. Rindióles público testimonio de agradecimiento, y concedió la palabra á los distinguidos misioneros, que supieron cada uno á su vez cautivar la atención de los oyentes.

El Ilmo. Legal, obispo de Sogla y coadjutor de Saint-Albert en el N. O. del Canadá, expuso las dificultades con que ha debido luchar en su Misión. Describe el territorio donde ejerce su santo apostolado, diciendo que es «una vasta y árida llanura rodeada por montañas de rocas, que presenta los caracteres todos de un antiguo mar con yacimientos de fósiles marinos, los cuales se prestan á interesantes estudios.» Enumeró las riquezas del suelo, llamando especialmente la atención sobre los bancos de hulla que podrían ser explotados con mucha facilidad. Asimismo dió detalles muy curiosos sobre la etnografía y la lingüística, alabó los encantos de la lengua de los salvajes, y en particular de la de la tribu de los Piés negros, y terminó demostrando las excelencias de la fe católica, que con sus enseñanzas conserva los pueblos y perpetúa las razas.

A continuación el Ilmo. Grouard, vicario apostólico de la Atabaska-Mackenzie, describió la vida en estas estériles soledades, donde el verano apenas dura tres meses, y el invierno la nieve y el hielo cubren por igual la tierra, los lagos y los ríos. Habló de estas semanas sin noche, en las cuales no se esconde nunca el sol, y describió las encantadoras auroras boreales que iluminan la interminable noche invernal. Por espacio de una hora logró captarse las simpatías de todos sus oyentes por su sencillez, sus originales ocurrencias y curiosas anécdotas. Una de las partes más

interesantes del discurso, fué la relación del encuentro que en su viaje hizo con los aventureros buscadores de oro, que temerarios se han lanzado por nueva ruta para llegar hasta Klondyke, pasando por los ríos Mackenzie y Yucón. Con curiosos pormenores demostró las dificultades que este camino encierra.

Para terminar, el Ilmo. Langevin, arzobispo de Saint-Boniface, llamó la atención sobre la importante representación que tienen los franceses en el Canadá, y dió las gracias á la Sociedad Geográfica, y al auditorio en general, por la simpática acogida que les habían dispensado.

El reciente asesinato del P. Bertholet, misionero de Kouang-Si (China), el que con nuevos y curiosos pormenores relata el ilustrísimo Chonzy en la primera de las correspondencias que en este número publicamos, ha motivado enérgicas reclamaciones por parte del Gobierno francés, y en su consecuencia los cristianos estarán mejor protegidos en adelante: el Gobierno remitirá cien mil francos á aquella Misión, donde se edificará una capilla en el lugar mismo donde se cometió el crimen, cuyos autores serán perseguidos y ejemplarmente castigados. Además se concederá permiso para la construcción de una línea férrea.

Esto demuestra que la sangre de los Mártires es no sólo fecunda para la Iglesia, sino útil en el orden material á su misma patria.



Londres.—Se ha efectuado una solemnísimá procesión, en la cual y bajo rico palio, han sido paseados en triunfo por las vías principales los restos preciosos de los Mártires de la Reforma, ejecutados en tiempo de los desdichados Enrique VIII y la tirana y soberbia Isabel. La procesión hizose en honor de la Virgen María y de los Mártires ingleses.



Montevideo.—Ha regresado á la capital Mons. Pío Stella, obispo auxiliar de Montevideo. Estuvo veintidós días en la parroquia de Las Piedras dando misión en cuatro puntos: en el pueblo de Las Piedras, en las puntas de Toledo, en el Rincón de Falsón y en La Paz. Vuelve satisfecho por el éxito obtenido en sus santas excursiones: unas 2,300 comuniones.

Contribuyeron al éxito de la santa empresa las cualidades apostólicas del Obispo misionero, y el celo y popular elocuencia que desplegaron en sus sermones y pláticas los sacerdotes que le acompañaban, el R. P. Costa, de la Compañía de Jesús, y los RR. PP. Loyodice y Santiago Langember, redentoristas.



Colombo.—El Ilmo. Melizan, arzobispo de Colombo, comunica el resumen de los trabajos llevados á cabo por los misioneros del arzobispado desde el 1.º de Septiembre de 1896 hasta el 15 de Abril del presente año.

Esta estadística manifiesta los progresos del Catolicismo en el Sur de la grande isla india.

Han sido bautizados 6,901 niños nacidos de padres católicos; 42 de protestantes; 471 de paganos, así como 752 adultos protestantes y 1,069 adultos paganos. Se han efectuado 1,274 matrimonios; 270,763 confesiones; 256,250 comuniones; 1288 viáticos; 2,398 extremaunciones y 2,125 confirmaciones. La población católica es de 180,992 almas, y durante seis meses aumentó en 4,836 miembros. A las 316 escuelas asisten 26,766 alumnos.



Siria.—Con singular satisfacción hemos sabido que el Seminario maronita del Líbano, dirigido por el R. P. Efrén Dirani, acaba de presentar para que sean ordenados sacerdotes á seis de sus alumnos. Este virtuoso misionero trabaja con singular celo, para dar á la nación maronita y á la Iglesia sacerdotes y misioneros dignos de su sublime vocación. En una visita que recientemente le hizo el conde de Sercey, cónsul general de Francia, manifestó con expresivas palabras el amor que hacia Francia sienten los maronitas, y añadió:

«Hemos conseguido introducir en nuestro Seminario, á la par que amor á Francia, su lengua y su carácter. Nuestros Religiosos enseñarán esta lengua, y como consecuencia de ello la Religión, el comercio y la civilización de Francia se extenderán por toda la Siria.»

El representante de esta nación escuchó con agrado estas palabras, y dió las gracias más expresivas al Padre Asistente general de la Orden maronita.

El R. P. Efrén Dirani tiene en preparación un catecismo árabe y la vida de los fundadores de todas las Ordenes religiosas. Proyecta construir un presbiterado y terminar el seminario adjunto al monasterio de Mas-Abda en Deiro-el-Kamar. Dios bendecirá sus proyectos, y las personas caritativas contribuirán con sus limosnas á la pronta realización de los mismos.



India inglesa.—Según reciente estadística publicada por el «Catholic Times», de Londres, la población católica de las Indias inglesas asciende á 1,865,245 almas.

En las Indias hay 31 diócesis, 3,439 iglesias y capillas, 1,858 escuelas elementales ó primarias, 20 Seminarios, 997 seminaristas, 745 misioneros europeos, 655 sacerdotes indígenas, 89 Religiosos y 1,806 Religiosas.

Cuéntanse en ellas 32 Sociedades protestantes, las cuales reciben un subsidio anual de 480,000 libras esterlinas. A pesar de auxilio tan respetable, no llegan los convertidos hasta ahora á más de 292,000.

A principios de este siglo había sólo 475,000 indios católicos, de modo que en 90 años se ha casi quintuplicado la población católica de la India inglesa.



Japón.—Según opúsculo publicado por el R. P. Casartelli, la jerarquía católica en el Japón consta de un Arzobispo, 3 Obispos, 82 misioneros y 15 sacerdotes indígenas. Las iglesias y capillas católicas son 64, y 54 las escuelas. Los católicos conocidos alcanzan á 44,565. La Iglesia rusa tiene allí unos 20,000 adherentes, y 34,650 las escuelas protestantes en conjunto.



Pondichery (Indostán).—El P. Fourcade, de las Misiones Extranjeras de París, curapárroco de la catedral de Pondichery, escribe el día 18 de Mayo:

«El hambre está en su periodo álgido, y como si ésta no fuera suficiente, el cólera continúa causando víctimas. Un anciano acaba de ser preso del contagio. Quise enviarlo al hospital, pero él rehusó con tanta energía, que mandé cuidarlo en el propio lugar donde se hallaba.

«—No quiero ir al hospital, decía, me matarían. Cónstame positivamente que con la grasa de los muertos se hacen los medicamentos, y yo no quiero servir para estas combinaciones.

«Hemos comprado muchos niños. Sus desventurados padres los aman con locura, pero viéndoles sufrir hambre, resuélvense con no poco sentimiento á vendérselos.

«—Nosotros moriremos pronto, dicen, pero ¿qué importa? Lo que más nos afligía era ver que nuestros hijos sufrirían igual suerte. Sabemos que los cuidaréis bien y que los amaréis tanto como los amamos nosotros.

«He comprado un niño Villy. Su padre, cuya delgadez era tal, que espanto causaba mirarlo, vino á llevárnoslo personalmente.

«—Tomadlo, cuidadlo; yo solo tal vez logre salvarme.

«—Quédate aquí con tu hijo, le dije; mira cuántos Hindous aprenden las oraciones para adorar al verdadero Dios; haz tú como ellos, y vivirás.

«—Nadie de los de mi raza abraza vuestra Religión. Los míos no querían recibirme, mirábanme como un paria y me insultaban.

«Los Villys habitan los bosques. Viven de la caza y de los productos que les proporciona la venta de la misma: con mucha ha-

bilidad conocen las plantas propias para curar las mordeduras de las serpientes.

«He recibido una carta del P. Grandjanny: tiene en la actualidad 92 catecúmenos que estudian las oraciones, y espera que este número aumentará mucho más. Causale grande pena ver embarcarse con dirección á Colombo y Kandy paganos y cristianos, cuya emigración es efecto del hambre. ¡Cuántos morirán en las plantaciones de la grande isla!

«De Sittamour he recibido otra carta. Mi sucesor el P. Chavanol escribe lleno de alegría. Las limosnas enviadas por *Las Misiones Católicas* han disipado su tristeza. Puede aliviar á los hambrientos; admitir los paganos al catácumenado... Infieles de distintas poblaciones ofrécenle terrenos donde construir capillas. A pesar de lo mucho que desea aceptarlos, prefiere dar de comer á los hambrientos.

«Yo doy á estos infelices las limosnas que puedo, pero como son muchos, la parte que á cada uno corresponde es muy limitada. Siguenme por todas partes; voy á la iglesia, y todos me acompañan; entro en mi aposento, y vienen conmigo; cierro la puerta, y no cesan de golpearla; acompañado por este ruido infernal es como he escrito esta carta.»



Noticias varias.—UN CONVENTO DE ARISTÓCRATAS.—A la extremidad de la floresta Nera, existe un convento de monjes, que se nombra oportunamente entre los más aristocráticos de todos los conventos.

Los monjes que están ahí, lejos del bullicio del mundo, pertenecen todos á la nobleza; algunos de ellos llevan nombres célebres en los anales del imperio alemán. Por ejemplo, los dos monjes ocupados en la cocina son el príncipe Eduardo de Sehanbourg Hartenetein y el príncipe Felipe de Hohenlohe, quienes tenían hace pocos años un puesto de los más envidiables en la Corte de Berlín.

El Padre Guardián pertenece á la nobleza más rica del gran ducado de Baden, y es el barón Von Draiss; y entre aquellos que están encargados del servicio más humilde, como la limpieza de las piezas, del templo, etc., se ven el Conde de Memprixine, el barón Von Oer, antiguos y brillantes oficiales del ejército sajón.

JUDÍOS NEGROS.—Un periódico americano, *The American Hebrew*, da interesantes detalles acerca de la existencia de judíos negros en los desiertos de Sahara.

Dice que los oasis del Sahara, especialmente Bathás, Bis, Warabi, Fagyrat, etc., están poblados de familias judías, y que hay lugar en que aquéllas pasan de 600, teniendo numerosas sinagogas y más de 100 rollos de la ley en pergamino.

Un judío que acompañaba á un viajero á Tombuctu, halló, cerca de la frontera de Berbería, un gran número de judíos negros. Cada familia poseía un rollo de pergamino conteniendo el Pentateuco; pero no los escritos de los Profetas, si bien que no les eran desconocidos. Sus plegarias, escritas igualmente en pergamino, se componen de versículos de los salmos bíblicos. Estos judíos negros ya conocen el Talmud, pero observan ciertas prescripciones rabínicas, mezcladas con prácticas tomadas de sus vecinos los musulmanes y paganos.

Ved aquí lo que se refiere de su origen. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos, algunas familias judías huyeron al desierto de Sahara, donde fueron amistosamente recibidas por los negros, que hicieron alianza con ellos. Por haber contraído unión con los naturales del país, sus descendientes adquirieron el color negro, aunque conservando el tipo judío y guardando las creencias de Israel.

Esto es una prueba más de que el color en el género humano no constituye una especie diferente, sino que es una variedad accidental, tomada del clima ó país donde se vive.

EL CATOLICISMO Y EL PROTESTANTISMO EN CAFRERÍA.—Cuando los Jesuitas fundaron hace algunos años sus Misiones en Cafrería,

encontraron alguna prevención hacia ellos por parte de los salvajes, que los tomaron por pastores protestantes, los cuales ya habían predicado entre ellos las doctrinas de sus diferentes sectas; pero poco á poco los cafres, que están dotados de un notable instinto de observación, llegaron á distinguir á los pastores protestantes de los sacerdotes católicos, á quienes decían: *Vuestra Religión es más difícil de observar que las otras, pero por eso debe de ser la verdadera; pues en aquéllas todo el egoísmo, mientras que la vuestra se distingue por su espíritu de sacrificio.*

LAS MISIONES CATÓLICAS, JUZGADAS POR LA *Gaceta de Colonia*, PERIÓDICO PROTESTANTE ALEMÁN.—«Los alemanes no podemos menos de reconocer que la obra mansa y activa de las Misiones católicas en nuestras colonias africanas despierta nuestras simpatías y ha sido una bendición para nuestras posesiones. La manera como educan á los negros, enseñándolos á trabajar y á orar, y la sencillez y viva fe de los misioneros, son verdaderamente admirables. Su máxima *ora et labora* la siguen en todas las Misiones, y es el secreto de su éxito. Es de positiva ventaja para los indígenas el enseñarles á manejar el martillo, el escoplo y otras herramientas. Se nos dice á menudo que los católicos obtienen mejores resultados porque poseen más dinero, pero dudamos de la certeza de esta afirmación.

«Cerca de una factoría en la costa se halla una Misión protestante fundada hace diez años. Tiene una bonita residencia y una hermosa capilla. Hace dos años se estableció en aquellas inmediaciones una Misión católica, y la obra realizada por los Padres es tan notable que sorprende á todos, así á los indígenas como á cuantos visitan el lugar. Los sacerdotes no sólo dirigen los Oficios divinos, sino que enseñan á trabajar á los negros. Bajo la dirección de aquéllos, con el trabajo de éstos y con materiales de la comarca, se han construido y amueblado bellos edificios. Es inútil que nuestros hermanos protestantes traten de ocultar estos hechos y empuñen estos esfuerzos.

«Y, en medio de todo, ¡qué sencilla, modesta y pura es la vida de estos misioneros católicos! Jamás toman parte en las murmuraciones, y así es que no ofenden á nadie: jamás se les ve bebiendo en los lugares públicos, y si enferma un colono, sea católico ó protestante, los Padres están siempre dispuestos á prestarle asistencia y consuelos. Sería de desear que los misioneros protestantes, que sin duda cumplen noblemente sus deberes en algunas partes, emulasen á los católicos.»

VARIEDADES

LA MATANZA DE LOS FRAILES

AMANECIÓ aquel horrible jueves, 17 de Julio, día de vergonzosa recordación más que otro alguno de nuestra historia. Las doce serían cuando cayó la primera víctima, acusada de envenenar las fuentes. Otro infeliz, perseguido por igual pretexto, buscó refugio en el Colegio Imperial, y en pos de él penetraron los asesinos, al dar las tres de la tarde. Lo que allí pasó no cabe en lengua humana, y la pluma se resiste á transcribirlo. En la portería del Colegio Imperial, en la calle de Toledo, en la de Barrionuevo, en la de los Estudios, en la plaza de San Millán, cayeron, á poder de sablazos y de tiros, hasta dieciséis Jesuitas, cuyos cuerpos, acribillados de heridas, fueron arrastrados luego con horrenda algazara, y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad, hirviendo á poco rato los sesos de alguno en las tabernas de la calle de la Concepción Jerónima. Uno de los asesinados era el P. Artigas, el mejor, ó más bien el único arabista que

entonces había en España, maestro de Estévez Calderón y de otros.

Los restantes jesuitas, hasta el número de sesenta, se hallaban congregados en la capilla doméstica, haciendo las últimas prevenciones de conciencia para la muerte, cuando, sable en mano, penetró en aquel recinto el jefe de los sicarios, quien, á trueque de salvar á uno de ellos, que generosamente persistía en seguir la suerte de los otros, consintió en dejarlos vivos á todos, ordenando al grueso de los suyos que se retirasen, y dejando gente armada en custodia de las puertas.

Eran ya las cinco de la tarde, y el capitán general, como quien despierta de un pesado letargo, comenzaba á poner sobre las armas la tropa y la milicia urbana. ¡Celeridad admirable después de dos horas de matanza! Y ni aun ese tardío recurso sirvió para cosa alguna, puesto que los asesinos, dando por concluida la faena de los Reales Estudios, se encaminaron al convento de Dominicos de Santo Tomás, en la calle de Atocha, y allanando las puertas, traspasaron á los Religiosos que estaban en coro, ó les dieron caza por todos los rincones del convento, cebando en los cadáveres su sed antropofágica. Entonces se cumplió al pie de la letra lo que del Corpus de Sangre de Barcelona escribió Melo: «Muchos, después de muertos, fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror, que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías; la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver), le sacaban los ojos, cortábanle la lengua y las narices, luego arrojándola de una en otras manos; dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servía como de fácil pelota: tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.» Mujeres desgredadas, semejantes á las calceteras de Robespierre ó á las furias de la guillotina, seguían los pasos de la turba foragida, para abatirse, como los cuervos, sobre la presa. Al asesinato sucedió el robo, que las tropas, llegadas á tal sazón y apostadas en el claustro, presenciaron con beatífica impasibilidad. Sólo tres heridos sobrevivieron á aquel estrago.

De allí pasaron las turbas al convento de la Merced Calzada (plaza del Progreso, donde hoy se levanta la estatua de Mendizábal). Allí rindieron el alma ocho Religiosos y un donado, quedando heridos otros seis.

Ni siquiera las nieblas de la noche pusieron término á aquella orgía de caníbales. Seis horas habían transcurrido desde la carnicería de San Isidro, cuando los Religiosos de San Francisco el Grande, descansando en las repetidas protestas de seguridad que les hicieron los jefes de un batallón de la Princesa acuartelado en sus claustros, ponían fin á su parca cena é iban á entregarse al reposo de la noche, cuando de pronto sonaron voces y alaridos espantables, tocó á rebato la campana de la Comunidad, cayeron por tierra las puertas, é inundó los claustros la desaforada turba, tintas las manos en la reciente sangre de Dominicos, Jesuitas y Mercedarios. Hasta cincuenta mártires, según el cálculo más probable, dió la Orden de San Francisco en

aquel día. Unos perecieron en las mismas sillas del coro, cuya madera conserva aún las huellas de los sables. Otros fueron cazados, como bestias fieras, en los tejados, en los sótanos y hasta en las cloacas. A otros el ábside del presbiterio les sirvió de asilo. Y alguien hubo que con pujante brío se abrió paso entre los malhechores, y logró salvar la vida, arrojándose por las tapias ó huyendo á campo traviesa, hasta parar en Alcalá ó en Toledo. Los soldados permanecieron inmóviles, ó ayudaron á los asesinos á buscar y á rematar á los frailes, y á robar los sagrados vasos. ¡Ocho horas de matanza regular y ordenada, y por un puñado de hombres, casi los mismos en cuatro conventos distintos! ¡Qué hacía entre tanto el capitán general? ¿En qué pensaba el Gobierno? A eso de las siete de la tarde se presentó San Martín en el Colegio Imperial, habló con los Jesuitas supervivientes, y les increpó en términos descompuestos por lo del envenenamiento de las aguas. En cuanto al Gobierno de Martínez de la Rosa, se contentó con hacer ahorcar á un músico del batallón de la Princesa, que había robado un cáliz en San Francisco el Grande. Con todo, el clamoreo de la opinión fué tal, que hubo, *pro formula*, de procesarse á San Martín, separado ya de la capitania general. Aquí paró todo, y huelgan los comentarios cuando los hechos hablan á voces.

Hundido en aquella sangrienta charca el prestigio del Gobierno moderado, la anarquía levantó triunfante é indómita su cabeza por todos los ámbitos de la Península. En Zaragoza una especie de *partida de la Porra*, dirigida por un tal *Chorizo*, de la parroquia de San Pablo, y por el organista de la Victoria, fraile apóstata que acaudillaba á los degolladores de sus hermanos, obligó á la Audiencia en el motín de 25 de Marzo de 1835 á firmar el asesinato jurídico de seis realistas presos; y tomándose luego la venganza por más compendiosos procedimientos, asaltó é incendió los conventos el 5 de Julio, degolló á buena parte de sus moradores y al catedrático de la Universidad, Fr. Faustino Garroborea; arrojó de la ciudad al Arzobispo, y entronizó por largos días en la ciudad del Ebro el imperio del garrote. En Murcia fueron asesinados tres frailes y heridos dieciocho, y saqueado el palacio episcopal á los gritos de «¡Muera el Obispo!» En 21 de Julio ardieron los conventos franciscanos y carmelitas descalzos de Reus, con muerte de muchos de sus habitantes. De Tarragona fué expulsado el Arzobispo, y cerradas con tiempo todas las casas religiosas. Pero nada llegó á los horrores del pronunciamiento de Barcelona en 25 de Julio de 1835, comenzado al salir de la plaza de toros, como es de rigor en nuestras algarradas. Una noche bastó para que ardiesen, sin quedar piedra sobre piedra, los conventos de Carmelitas Calzados y Descalzos, de Dominicos, de Trinitarios, de Agustinos calzados y de Mínimos. Cuanto no pereció al furor de las llamas fué robado; los templos profanados y saqueados; los Religiosos pasados á hierro; sus archivos y bibliotecas, aventados ó dispersos. Una muchedumbre, ebria, descamisada y jamás vista hasta aquel día en tumultos españoles, el populacho ateo y embrutecido que el utilitarismo industrial educa á sus pechos, se ensayaba aquella noche quemando los conventos,

para quemar en su día las fábricas. Hoy es, y aún se erizan los cabellos de los que presenciaron aquellas escenas de la Rambla, y vieron á las Euménides revolucionarias arrancar y picar los ojos de los frailes moribundos, y desnudar sus cadáveres, y repartirse sus harapos, mientras que la tea, el puñal y la segur despejaban el campo para *los nuevos ideales*.

No conviene, por un muelle y femenino sentimentalismo, apartar la vista de aquellas abominaciones, que se quiere hacer olvidar á todo trance. Más enseñanza hay en ellas que en muchos tratados de filosofía, y todo detalle es aquí fuente de verdad y clave de enseñanza histórica. Aquel espantoso *pecado de sangre* (protestante es quien lo ha dicho) debe pesar más que todos los crímenes españoles en la balanza de la divina justicia, cuando después de pasado medio siglo, aún continúa derramando sobre nosotros la copa de sus iras. Y es que, si la justicia humana dejó inultas aquellas víctimas, su sangre abrió un abismo invadible, negro y profundo como el infierno, entre la España vieja y la nueva, entre las víctimas y los verdugos; y no sólo salpicó la frente de los viles instrumentos que ejecutaron aquella hazaña, semejante á los que toda la demagogia recluta en las cuadras de los presidios, sino que subió más alta, y se grabó como perpetuo é indeleble estigma en la frente de todos los partidos liberales, desde los más exaltados hasta los más moderados; de los unos, porque armaron el brazo de los sicarios; de los otros, porque consintieron ó ampararon ó no castigaron el estrago, ó porque le reprobaron tibiamente, ó porque se aprovecharon de los despojos. Y desde entonces la guerra civil creció en intensidad, y fué guerra como de tribus salvajes lanzadas al campo en las primitivas edades de la historia, guerra de exterminio y asolamiento, de degüellos y represalias feroces, que duró siete años, que ha levantado después la cabeza otras dos veces, y quizá no la postrera, y no ciertamente por interés dinástico, ni por interés fuerista, ni siquiera por amor muy declarado y fervoroso á este ó al otro sistema político, sino por algo más hondo que todo eso, por lo instintiva reacción del sentimiento católico, brutalmente escarnecido, y por la generosa repugnancia á mezclarse con la turba en que se infamaron los degolladores de los frailes y los jueces de los degolladores, los robadores y los incendiarios de las iglesias, y los vendedores y los compradores de sus bienes. ¡Deplorable estado de fuerza á que fatalmente llegan los pueblos cuando pervierten el recto camino, y presa de malvados y de sofistas, ahogan en sangre y vociferaciones el clamor de la justicia! Entonces es cuando se abre el pozo del abismo, y sale de él el humo que oscurece el sol, y las langostas que asolan la tierra.

MENÉNDEZ PELAYO.

(*Heterodoxos españoles*, t. III).

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Un sacerdote de Motrico. 50 pesetas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

los fresnos con sus colgantes ramas, difundían á todas horas plácida sombra y dulces murmullos. Allí paseó un buen rato, silencioso, meditabundo, contando los días de vida transcurridos, pensando en otros seres y acontecimientos de que nunca hablaba á nadie, y que sin embargo eran el asunto de sus continuas meditaciones. Ahora esperaba á su amigo Cornelio que, tres veces cada semana, venía á cenar y platicar familiarmente con él, á la manera de los antiguos romanos, siendo su único recreo la amigable conversación, sin necesidad de mezclar en ella tañedoras de flauta ó combates de gladiadores, y prolongando la comida, sin otros postres que las nueces, los higos y los vinos recolectados en las posesiones de Valerio. Al fin llegó Cornelio con paso acelerado, y saludó á su amigo. Aunque ambos tenían igual edad, y habían nacido bajo el mismo consulado, el abuelo de Lea parecía más viejo que Cornelio, tal era la austera gravedad que en sus facciones habían impreso los cuidados y las reflexiones taciturnas. Cornelio tenía una fisonomía vivaz, jovial y curiosa que recordaba Atenas mejor que Roma; su traje no guardaba armonía con el uso romano, al cual su amigo se mantenía rigurosamente fiel; no vestía la toga blanca ni el manto de lana; su vestido de púrpura tenía siete fajas blancas; su calzado era de forma germánica; llevaba en el cuello y en los dedos algunos amuletos y sortijas que los romanos á la antigua dejaban para las mujeres y los libertos. Pero Valerio disimulaba en el amigo de su juventud lo que llamaba debilidades, y le acogió con toda cordialidad.

—¿Sabes lo que ocurre? preguntó Cornelio sentándose en un banco cercano á una bulliciosa fuente. ¿Ignoras que el Emperador, el Augusto, el hijo de Constancio en fin, va á proclamar la Religión del Cristo y juntarse á los adoradores del Dios judío? Este es el objeto de todas las conversaciones bajo los pórticos y entre todos nuestros amigos. ¿Quién hubiera creído que las doctrinas predicadas en casa del senador Pudente por un viejo hebreo, que esas doctrinas perseguidas con el hierro y el fuego por todos nuestros emperadores, llegarían á ser proclamadas en el campo de Marte por el sucesor de Diocleciano?

—Esto es la ruina del Imperio, dijo Valerio palideciendo. Si los dioses del Lacio se van, di que el imperio de los viejos Sabinos y de los hijos de Eneas está á punto de desaparecer de la faz de la tierra.

—¡Qué! ¡los dioses del Lacio! ¿quién creerá todavía en esos viejos dioses Eques, en los feroces dioses de los Sabinos, en las divinidades más risueñas del Olimpo? Tiempo hace, amigo mío, que los dioses del Oriente, Mitra, Isis, Osiris, Serapis, etc., tienen en Roma templos que aventajan al de Júpiter, de Vesta ó de la buena Diosa?

—Sí, conocidas tengo las supersticiones extranjeras, pero al menos nunca un César revestido con la púrpura se ha atrevido á proclamarlas como dioses del imperio y á sustituir el águila romana por el instrumento que sirve de suplicio á los esclavos!

—Confiesa, amigo mío, que esta audacia que da á Constantino su reciente victoria sobre Majencio, otro emperador cuyo nombre y cuyas virtudes veneras, Alejandro Severo, hubiera querido hallarla en su corazón. Amaba á los cristianos.

—Su madre Mamea pertenecía á esta secta.

—Y Filippo de Arabia no era del todo extraño á ella. Hay que ser de su tiempo, Valerio, y no puede negarse que los cristianos ocupan hoy un gran lugar en la sociedad romana. Hállanse en todas partes, todas las familias cuentan algunos de sus miembros afiliados á esos misterios, y tú también...

—¡Silencio, exclamó Valerio con voz alterada; no invoques este recuerdo, ni me hables favorablemente de los cristianos! ¿Sabes cuantos motivos tengo para aborrecerlos!

—Por mi parte, repuso Cornelio con calma, sólo miro esta cuestión bajo el punto de vista de la política y de la filosofía. El imperio está debilitado por sus largas divisiones; las costumbres y el carácter público están relajados; tenemos los bárbaros en las fronteras, y es ya tiempo de que la república se apoye sobre nuevos defensores. Los cristianos son en número inmenso, y se encuentran en todas partes, en las Galias, en Oriente, no menos que en Italia; si cesamos de perseguirlos, ofrecerán gustosos al poder sus brazos, sus riquezas, su influencia; serán como una haz de leña que el pastor arroja á un fuego á próximo á extinguirse. En cuanto á su doctrina, es magnífica; y Marco Aurelio, cuyos escritos divinos admiramos, ¿no debió algunos de sus más elevados pensamientos á la filosofía de los cristianos?

—¿Eres cristiano? preguntó con asombro Valerio á su amigo,

—No; lo juro como romano que soy; pero admiro sus sentencias tanto ó más que las del Pórtico ó de la escuela de Epicteto. Curiosidad de filosofía. Los antiguos viajaban por Egipto y el Oriente en pos de la ciencia, sin creerse obligados á postrarse ante los altares de donde la habían recibido.

—No puedo avenirme con tu indiferencia, contestó Valerio; estas cuestiones, que tan ligeras te parecen, penetran en el fondo de mi corazón y quebrantan mi existencia.

Cornelio miró á su amigo, y quedó sorprendido y contristado al ver la palidez y la agitación impresas en su rostro.

(Se continuará).

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella, —75 céntos. en rústica, y 1.25 pías. en tela. —**Espera**, por Aurora Lista, —75 céntos. en rústica, y 1.25 pías. en tela. —**Cadena de oro**, por Aurora Lista, —50 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. —**Anisia ó una virgen-apostol del siglo IV**, por Aurora Lista, —50 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. —**Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima, por D. Francisco de Paula Capella, —50 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. Dirigirse á D. Miguel Casals, Píno, 5, Barcelona.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

ANUNCIOS

EL BUEN COMBATE

facilitado á toda clase de personas, por medio de sencillos opúsculos de controversia popular

Nueva colección de libritos de Propaganda limpia y exclusivamente católica, de varios estilos y autores, que contendrá todo cuanto el cristiano debe creer, practicar y defender.

CONDICIONES.—Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta.

Subscribiéndose por un año á 4 ejemplar mensual. **1'50** ptas.

» á 4 ejemplares mensuales. **0'50** » cada mes.

» á 8 » » » **1** » » »

» á 12 » » » **1'50** » » »

» á 20 » » » **2'25** » » »

» á 50 » » » **5** » » »

Puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

OPUSCULOS PUBLICADOS: *El pan del pobre*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular*.—*¿No es hora todavía?* por id.—*De Carlos á Manuel y viceversa*, por Antonio.—*El deber de la limosna*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*De Carlos á Manuel y viceversa* (segunda parte), por Antonio.—*Sol de las almas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (primera parte), por Mons. Gaume.—*Credo ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (segunda parte), por id.—*La acción antimasonica*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*El Santísimo Rosario*, por Campazas.—*Católicos... á la moda*, por Raquel.—*Católicos de verdad*, por id.—*Guerra de frente*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, por el Dr. Franco.—*La piedad al uso*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Los fariseos*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz.—*Eucarísticas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, II, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*La caridad puesta al alcance de todo el mundo*, por el abate Mullois. *Cómo se explota á los incautos*, por id.—*Liberalismo casero*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Quien siembra vientos...* por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*Espinas, hojarasca y flores*, III, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*Cruz de oro y cruz de plomo*, por Raquel.—*Liberalismo casero*, II, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, IV, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*¡Yo confesarme!* por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Cartas á un joven*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*Nuestro modelo*, por id.—*El Sagrado Corazón de Jesús y las clases obreras*, por el Dr. don Francisco de P. Ribas y Servet.—*El Protestantismo en berlina*, libro I, por el P. Pío Mandata, de la Compañía de Jesús.

OPUSCULO PARA AGOSTO: *El Protestantismo en berlina*, libro II, por id.

NUEVA EDICIÓN

MEDITACIONES

SEGÚN EL MÉTODO DE S. IGNACIO

Precioso libro que contiene en estilo claro, sencillo y adecuado á todas las capacidades, algunos centenares de meditaciones sobre la vida oculta, pública, paciente y gloriosa de Jesucristo, conteniendo un plan completo de instrucción espiritual y una verdadera exposición de todo lo contenido en los Santos Evangelios. Precede á las meditaciones una excelente explicación sobre los distintos modos de meditar, examen de conciencia y práctica de oír bien la Misa.

Libro utilísimo á las Comunidades religiosas, Casas de educación, Seminarios, Asociaciones de piedad y en general á todas aquellas almas dedicadas al santo ejercicio de la oración mental diaria, sin la cual es imposible dar un paso en la perfección.

Consta esta obra de tres tomos de más de 700 páginas, y se vende á 6 pesetas en rústica, y á 8'25 encuadernada en piel. Para los pedidos,

Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.